

LA INFORMACIÓN ECONÓMICA
EN LA
PRENSA INTERNACIONAL

SUMARIO

	pág.
Perspectivas optimistas en Francia y sus vecinos	121
Perspectivas alentadoras en Europa	121
La OCDE advierte a España sobre la inflación	122
Buen aniversario, euro	122
No exageren la debilidad del euro	123
Incluso débil, el euro se ha impuesto como divisa internacional	124
El euro, centro de integración política	124
Los alemanes no lamentan haber abandonado un DM fuerte	126
El camino de Europa hacia el crecimiento	127
<i>¡ Vive les catastrophes, vive la croissance !</i>	128
El trabajo sin fin	129
Rey de la economía	130
EE.UU.: ¿Cómo acabará la expansión? ¿Con una recesión? ¿Con un aterrizaje suave?	131
Andando sobre aguas turbias	133
OMC: las razones de un fracaso anunciado	134
Seattle: se busca un responsable	135
Alcánzame si puedes	136
La era del capital humano	137
El curso de los precios de las materias primas	138
¿Un siglo norteamericano?	139
Entrevista con Jacques Delors	139
La contradicción europea	141
La economía alemana sigue fuerte	141
La carrera hacia la dirección general del F.M.I.	142
Contradicciones sin cuento en el "milagro español del empleo"	143
El paciente europeo	145
El euro y la política	145
Una apertura irreversible	147
Nombramiento sin garantías en la Fed	147

Perspectivas optimistas en Francia y sus vecinos

(Lucas Delattre, en *Le Monde* de 18 de diciembre)

El INSEE publicó el 16 de diciembre sus previsiones sobre la coyuntura económica para el conjunto del año y el primer semestre del 2000. La excelente tendencia de 1999 debería confirmarse en Francia, e incluso acelerarse, en el año 2000, para el que el INSEE prevé un crecimiento del 2,9 por ciento al término del primer semestre, con una perspectiva del 3,5 por ciento para el año entero.

Francia, como acaban de confirmarlo las cifras del Instituto de Estadística, debería seguir siendo la locomotora económica de Europa en el 2000. Ahora bien, si bien cuenta con condiciones particularmente favorables, Francia no constituye una excepción en el seno de una Europa que muestra en todas partes, desde el verano, señales de una recuperación vigorosa. El crecimiento de los 11 países de la zona euro se aceleró en el tercer trimestre y podría alcanzar algo más del 2 por ciento para el conjunto de 1999, según la Comisión Europea. Esta reactivación, ¿será duradera? Europa debería adelantar a Estados Unidos como motor del crecimiento mundial el próximo año, con un crecimiento del PIB superior al 3 por ciento en el año 2000 en la zona euro.

Condiciones monetarias favorables, reducción de la deuda pública, consecuencias positivas de las reestructuraciones industriales llevadas a cabo a lo largo de los años 90: esos son los elementos que dopan desde hace algunos meses a una Europa que ha salido definitivamente del "hoyo de aire" sufrido en 1998 como consecuencia de la crisis financiera que vivieron los países emergentes. Esta recuperación no ha de provocar una elevación inquietante de la inflación, en la medida en que el Banco Central Europeo se muestra vigilante, pero sobre todo porque las condiciones de competencia entre las empresas han sido singularmente reforzadas con la aparición del euro.

Un índice importante se hizo público el jueves, 16 de diciembre, en Alemania, donde el principal barómetro que mide el clima de las empresas –el del Instituto IFO, de Munich– señaló una fuerte subida (alcanzando los 98,9 puntos en noviembre, frente a 96,1 puntos en octubre). Esa cifra, que permite calcular por adelantado los proyectos de inversión a las empresas, es la mejor que se ha conocido desde Marzo de 1998, y deja prever una recuperación del crecimiento en el país que representa el 30 por ciento del PIB europeo y que, con Italia, ha registrado los resultados más débiles, en 1999, de la Unión Europea. Las previsiones de crecimiento de la OCDE para Alemania, por lo que se refiere a 1999, se han visto revisados recientemente de +2,5 por ciento a +1,5 por ciento. Muy crítica por lo que a Alemania se refiere, la OCDE estimaba en un estudio publicado el 8 de diciembre que este país sufre sobre todo de un contexto político indeciso. La OCDE lamentaba "la incertidumbre que rodea al mundo empresarial, la lentitud del gobierno alemán en mejorar la flexibilidad del mercado de trabajo, y la falta de eficacia de ciertas reformas (en especial por lo que se refiere al control de los costes de la salud).

Otro país europeo que ha figurado en los últimos lugares, recientemente, por lo que se refiere al crecimiento, Italia, parece dar señales también de mejora. Incluso teniendo en cuenta que las previsiones de crecimiento del PIB italiano se mueven alrededor del +1 por ciento para 1999, esta cifra debería doblarse el año próximo, aunque siguiendo bastante por debajo de la media europea. "Nos encontramos en un periodo de recuperación, nada impetuosa, pero significativa, la cual, poco a poco, se extiende a todos los sectores de actividad", ha manifestado hace poco el ministro de Industria, Pierluigi Bersani, comentando unas cifras que mostraban la recuperación de la producción industrial. Italia sigue pagando los esfuerzos realizados para acceder a la moneda única, sobre todo por lo que se refiere a una fiscalidad demasiado elevada, que penaliza el consumo y la inversión. Las incertidumbres políticas actuales en Roma –debidas en gran parte a los debates sobre política económica– no permiten saber qué respuestas se darán al problema de fondo de la economía italiana: la baja competitividad de los productos italianos en la exportación.

Fuera de Alemania e Italia, todos los países de la Unión Europea terminan el año 1999 en un clima de optimismo económico. España roza el sobrecalentamiento, con un crecimiento anual del 3,7 por ciento. El Reino Unido es también optimista. A pesar del elevado nivel de los tipos de interés de la libra, debería conocer, según la OCDE, una tasa anual de crecimiento del PIB del 1,7 por ciento este año, y de 2,7 por ciento en 2000.

Perspectivas alentadoras en Europa

(*Financial Times* de 22 de diciembre. Editorial)

Las perspectivas a corto plazo están mejorando en la zona euro. Lo que se requiere ahora, si los países han de recoger los beneficios del área de la moneda única en términos de un más rápido crecimiento y de reducción del desempleo de forma que se ponga fin a los intolerables niveles actuales, es un auténtico esfuerzo para reformar los mercados de productos y laborales.

La economía de la zona euro ha crecido probablemente algo más del 2 por ciento este año. Alemania e Italia, la primera y la tercera mayores economías, han limitado la media del crecimiento. La demanda interna es débil en ambas economías, lo que significa que las dos recibieron un fuerte golpe por la crisis de la demanda exterior a principios de año.

La economía italiana creció 0,9 por ciento en los tres meses terminados en septiembre, más de lo esperado debido a la recuperación de las exportaciones. La economía alemana ha estado mostrando crecientes señales de vida, con un aumento de los productos industriales y unas encuestas sobre producción y sobre confianza de los empresarios más optimistas. El instituto Ifo pronosticó ayer un crecimiento de 2,7 por ciento en 2000 (frente al 1,4 por ciento este año).

El buen momento que parecen iniciar esas economías es una buena señal para las perspectivas de la eu-

rozona para el próximo año. La mayoría de los pronosticadores privados esperan un crecimiento del 3 por ciento. La inflación ha reaccionado un poco, pasando del 1,4 por ciento de octubre a octubre, al 1,6 por ciento. Pero ello se debe en gran parte al hecho de haberse doblado el precio del petróleo. La inflación que excluye la energía y el petróleo se mantuvo en justo el 1 por ciento en noviembre, un 0,1 por ciento por encima de octubre. El Banco Central Europeo debería estar atento en la siguiente ronda de negociaciones salariales, aunque los tipos de interés pueden seguir estables por ahora.

Los últimos años han visto resultados débiles en la economía europea. Un periodo largo de crecimiento por encima de la tendencia es exactamente lo que se necesita para proporcionar el respaldo para la necesaria reforma.

En el último boletín mensual, el BCE fue más positivo a propósito de la situación fiscal en la eurozona de lo que ha sido el caso en el pasado. A su juicio pudo haberse hecho, pero reconoce que la media del déficit general está bajando, de alrededor 1,5 por ciento del PIB este año a alrededor del 1 por ciento en 2000. A largo plazo, la eliminación de los déficits estructurales en toda Europa concederá más espacio para maniobrar si se presenta una crisis.

La tarea más importante, sin embargo, es liberalizar los mercados de producto y de trabajo, y acertar en la adopción de los sistemas fiscales y de protección social. El programa de reforma fiscal anunciado ayer por Alemania es estimulante al respecto.

La reforma estructural debería permitir un crecimiento más rápido y no inflacionista. También debería permitir que el 10 por ciento de desempleo de la zona euro se redujese substancialmente. Los preparativos para la puesta en marcha del euro, seguidos de un año de lento crecimiento, han llevado a que se olvidara algo esa tarea crucial. Con la mejora de las perspectivas ha llegado el momento de activar con fuerza ese importante problema.

La OCDE advierte a España sobre la inflación

(David White, en *Financial Times* de 17 de diciembre)

España debe contraer más su política fiscal para reducir el riesgo de un sobrecalentamiento de su economía. Esto es lo que acaba de decir la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos en un informe en curso de preparación.

Las conclusiones iniciales del informe –el cual elogia también al gobierno de centro derecha español por la corrección de su política macroeconómica– fueron filtrados por elementos oficiales en medio de las críticas sobre la creciente inflación, la cual, el pasado mes, registró una tasa anual del 2,7 por ciento, lo que supone alrededor del doble de la media de la zona euro.

Según parece, la OCDE se habría quejado ante Madrid por la filtración, una práctica poco común en

los medios de la Organización. El informe iba a ser publicado el próximo febrero, justo antes de las próximas elecciones generales españolas.

Se cree que varios miembros del comité que estudia la situación de España han pedido cambios en el presupuesto con el fin de reducir las presiones de la demanda. La filtración coincidió con la aparición de cifras del gobierno que muestran un crecimiento anual para el tercer trimestre del 3,7 por ciento, frente al 3,6 por ciento en el trimestre anterior. El gobierno ha anunciado que el crecimiento del año próximo será similar a aquél.

El borrador del informe de la OCDE sostiene que las perspectivas españolas para el mantenimiento de esa tendencia podrían correr peligro si la demanda interna presiona sobre los costes más rápidamente que en el resto de la zona euro. Esto –dice el informe– socavaría la competitividad y amenazaría el crecimiento del empleo en el país que todavía cuenta con la más elevada tasa de paro de la Unión Europea.

El informe sugiere una reducción del déficit del sector público previsto, el cual, según lo establecido en el texto pendiente de aprobación por el Congreso, sería del 0,8 por ciento.

La Organización advierte que las presiones sobre la demanda ya se ven reflejadas en el agudo empeoramiento de la balanza corriente, que ha registrado un déficit en el último año. El déficit podría alcanzar el 1 por ciento del PIB este año, ampliándose hasta el 3 por ciento en 2001, dice la Organización.

Los juicios de la OCDE proporcionan apoyo a los miembros del gobierno que defienden una mayor reforma del mercado de trabajo. Por otra parte, la misma OCDE manifiesta que se necesitarán profundos cambios en el sistema de pensiones para que éste pueda sostenerse a medio plazo.

Buen aniversario, euro

(*Le Monde* de 5 de enero. Editorial)

El euro ha cumplido un año. El primero de enero, los 11 renunciaban a su divisa nacional y aceptaban dotarse de una moneda única, de un instrumento de pago gestionado por una verdadera institución federal, la primera en la Unión Europea. El evento era histórico: por vez primera, once países aceptaban renunciar a su soberanía monetaria y compartirla. Militantes antieuropeos, expertos norteamericanos y especuladores de todo tipo habían explicado durante años que ese proyecto era imposible. Un año después, éstos deben confesar su error: el euro existe. Se ha afirmado como una de las grandes divisas mundiales. Mejor aún: ha respetado la mayor parte de sus promesas.

El euro constituye así, hoy día, la prueba más evidente que, cuando existe, la voluntad política puede imponerse a las fuerzas del mercado. No hay “impotencia pública”. La moneda única ha permitido a Europa reencontrarse una parte de su independencia frente a las

otras grandes monedas mundiales, en especial el dólar norteamericano y el yen japonés. Los once países agrupados en el seno de la unión monetaria se encuentran mucho menos afectados por las variaciones monetarias de lo que lo estaba cada uno de ellos cuando disponía de su propia moneda.

“Escudo” de Europa, la divisa europea ha permitido, acto seguido, la constitución de un espacio de estabilidad (la inflación no es una amenaza en ese espacio). El euro ha abierto nuevas oportunidades de financiación para todos los actores del Viejo Continente; ha contribuido grandemente a la recuperación del crecimiento y del empleo que se ha observado en el curso de los últimos meses. Ampliamente mediatizado, su largo deslizamiento respecto al dólar –el euro ha perdido alrededor del 15 por ciento de su valor en relación con el billete verde– debe situarse también en su activo, pues eso ha reforzado la posición de las exportaciones europeas en los mercados habían anunciado, el euro se hubiera ido por las nubes!

En realidad, y hay que inquietarse por ello, la debilidad del euro se halla en otras partes. Victoria de Europa, el euro no ha llegado a ser un tema de los europeos. Si bien lo han aceptado, los ciudadanos europeos no han descansado en él. No han hecho de él su moneda. A causa de un periodo de transición demasiado largo –las monedas y los billetes no llegarán a nuestras carteras más que el 1 de enero de 2002–, los europeos se desinteresan del mismo. Una familia entre cien ha pagado una factura en euros por lo menos una vez. En Francia, por ejemplo, el 18 por ciento de las familias liquidan sus impuestos en euros, un porcentaje débil que, además, no progresa.

Todavía más grave, los mismos Estados no han mostrado entusiasmo alguno sobre este proyecto. La unión monetaria avanza; la unión económica avanza menos. Los proyectos en materia de coordinación de políticas económicas o en materia de armonización fiscal son lentos, si no inexistentes. Sin duda indispensables, las discusiones sobre la ampliación de la Unión oscurecen la perspectiva del euro. El euro, como Europa, es una bicicleta: si no avanza corre el riesgo de caer.

No exageren la debilidad del euro

(Reginald Dale, en *Herald Tribune* de 10 de febrero)

La satisfacción fue considerable, en especial entre anglosajones, cuando la nueva moneda única europea se situó por primera vez, la semana pasada, por debajo de la paridad con el dólar.

Euroescépticos británicos celebraron *parity parties* para festejar la simbólica humillación del euro, el cual ha vivido la mayor parte del año bajando frente al dólar en los mercados de cambios exteriores.

Algunos norteamericanos bromearon ante lo que vieron como una confirmación de que el euro fracasará en sus pretensiones de rivalizar con el poderoso dólar como una moneda mundial.

Pero es demasiado pronto para escribir el epitafio del euro. El euro, pasado el tiempo, se reforzará frente al dólar, en la medida en que el crecimiento norteamericano se desacelere. Pero aunque esto va a ser así, no es lo más importante.

El éxito de una moneda no depende de su precio en un momento dado, especialmente en un mundo de tipos flotantes en el cual los valores relativos cambian constantemente.

El primer objetivo de la Unión Europea al crear el euro no fue, en absoluto, competir contra el dólar sino llevar adelante la integración económica y política, así como completar el mercado único.

Naturalmente, es lógico que haya competencia. El euro de los 11 países se convirtió de la noche a la mañana en la segunda moneda mundial, y la zona euro, por ejemplo, representa ahora el mayor mercado del mundo en deuda del Estado, mayor que el de bonos del Tesoro de Estados Unidos.

Pero el euro no fue creado con algún valor específico frente al dólar. El Banco Central Europeo no tiene objetivo expreso alguno para el euro, e insiste en que no hay razón económica alguna para preocuparse por su nivel actual.

Por el contrario, un euro débil está facilitando la recuperación de las exportaciones europeas; independientemente de su tipo de cambio, el euro crea unos más eficaces mercados de capitales y estimula las fusiones que harán que la industria europea sea más fuerte y más productiva.

Y esta no es toda la cuestión. El presidente del BCE reconoce que una falta del prestigio podría socavar la confianza en el euro. Numerosos son los alemanes, dice Duisenberg, que le han escrito sobre la debilidad del euro, comparándola con la del poderoso *deutsche-mark*, al que ha desplazado.

No deja de ser una paradoja que Alemania, que fue el país que más insistió en la necesidad de un euro fuerte, sea ahora el país que más ha contribuido a su descenso.

Una importante razón de la reciente inestabilidad del euro han sido las erráticas manifestaciones políticas de Gerhard Schroeder, el canciller alemán, que ha dado la impresión de que renunciaba a los principios de la libertad de mercado al resistirse frente a opas extranjeras hostiles contra industrias alemanas, y al acudir al salvamento de una gran empresa constructora mal administrada.

Dado que su país representa el 30 por ciento de la economía de la zona euro, la resistencia de Schroeder a la reestructuración de la industria alemana debería ser causa de mayor preocupación que el hecho de que el euro esté a 1,01 dólar o a 99 centavos.

Los alemanes que han escrito a Duisenberg están confundidos. Para lo que a ellos interesa, una moneda fuerte no debería ser lo mismo que una moneda que se muestra sólida frente al dólar, sino una moneda que

mantiene firme el poder de compra interno. Ese no es el principal objetivo del BCE, pero sí un objetivo que ha alcanzado hasta el momento.

Normalmente, cuando una moneda cae, las presiones inflacionistas aumentan a medida que los precios de las importaciones suben. Pero este riesgo apenas existe a la euro zona, toda vez que los países miembros comercian principalmente entre ellos, e importan relativamente poco del exterior.

Más preocupante sería que el euro colapsara. La inflación empezaría a subir, y disminuirían gravemente las inversiones de fuera. Pero tal colapso es del todo improbable.

Mientras tanto, la creciente competencia en la economía mundial y dentro de la misma zona euro contribuye a que la inflación se mantenga baja. Casi todas las pruebas señalan que se está produciendo en Europa una recuperación sin inflación.

Esto, normalmente, debería dar lugar a que el euro subiera, en especial teniendo en cuenta que, contrariamente a lo que ocurre en Estados Unidos, la zona euro registra un importante superávit corriente.

Pero el capital sigue saliendo de la zona euro más deprisa de lo que entra. Esto es en parte el resultado de la inversión europea en el exterior, en la medida en que sitúan sus ahorros fuera de los bancos locales. También es debido a que Estados Unidos y Japón parecen ofrecer a muchos inversores un mayor atractivo que la Europa continental.

Existe la sensación de que la zona euro todavía no ha encontrado el sitio que le corresponde. Alemania es en gran parte responsable de que esto ocurra. Los alemanes no deberían quejarse a Duisenberg, sino a Schroeder.

Incluso débil, el euro se ha impuesto como divisa internacional

(Pierre-Antoine Delhommais, en *Le Monde* de 30 de diciembre)

A imagen de su comportamiento a lo largo de todo el año, el euro termina los últimos días de 1999 en una situación de debilidad. El martes, 28 de diciembre, bajó hasta 1'0080 dólares. A pesar de esa tendencia, los economistas sacan un balance globalmente positivo del primer año de existencia del euro.

Es cierto que los particulares, al no poder disponer de monedas o billetes, han eludido la nueva moneda: el 1 por ciento de los franceses efectuaron, en 1999, pagos en euros. También es cierto que, como unidad de transacción "el euro es todavía una moneda en estado de gestación fuera de la zona euro", en palabras del ministerio de Hacienda francés. El dólar es la principal moneda de liquidación, con el 48 por ciento de lo facturado en el comercio internacional. Pero, en Europa, la utilización del euro como divisa de pago tiene ya una importancia apreciable: en Francia, el 70 por

ciento de las exportaciones y el 66 por ciento de las importaciones; en Alemania, 85 por ciento de las exportaciones y el 90 por ciento de las importaciones. Sobre todo, subrayan los analistas, la debilidad del euro desde su puesta en marcha está lejos de haber sido una catástrofe monetaria. Al contrario.

Según el Premio Nobel de economía 1999, Robert Mundell, la debilidad del euro ha sido en sí misma "una bendición oculta", favorable a las exportaciones de las empresas europeas, al crecimiento y a la lucha contra el desempleo en el Viejo Continente. "Debería evitarse que de la paridad con el dólar resultara la frontera entre el éxito y el fracaso del euro frente a Estados Unidos", había explicado por su parte Christian de Boisier, profesor de economía en la Sorbonne, en julio, cuando el euro se había aproximado a la barrera de 1 dólar, antes de superarla a principios del mes de diciembre. "Sería incluso casi positivo que el euro tuviera la ocasión de bajar a 0'95 o 0'98 dólares, para que se percibiera la evidencia de que seguimos viviendo y de que el cielo no se nos cae encima".

En numerosos campos, el euro se ha impuesto como una nueva gran divisa internacional. Ha conseguido elevarse al nivel del billete verde como moneda de emisión de obligaciones, con el 44 por ciento del importe global. El mercado de obligaciones europeo, unificado y hecho más líquido, ha representado bastante más que la suma de sus componentes de antes del 1 de enero de 1999. El euro ha permitido, sobre todo, el desarrollo rápido de un mercado de préstamos de empresas del sector privado, a imagen de lo que existe en Estados Unidos.

Como unidad de cuenta, en fin, el euro ha mostrado unos inicios muy prometedores. En doce meses se ha convertido en una moneda ancla para cierto número de países: zona franco, países de la Europa central y oriental (PECO); para una parte apreciable, los países escandinavos. Los ejemplos más llamativos son Bulgaria y Estonia, cuyas divisas respectivas, el lev y la corona, se han definido por su relación con el euro en el marco de un sistema de caja de emisión *currency board*. Otros países definen la paridad de su moneda por su relación con un cesto de divisas en el que el euro ocupa un lugar preponderante. Este es el caso del forint húngaro y el zloty polaco, en los que los cestos de anclaje incorporan el euro, respectivamente, en un 70 y un 75 por ciento. ¿Cuándo valoraremos en euros el precio de un barril de petróleo?, pregunta, desafiante, el ministro francés de Economía en un informe sobre el euro.

El euro, centro de integración política

(John Schmid, en *Herald Tribune* de 21 de diciembre)

Hace casi medio siglo, el asesor del gobierno francés, Jacques Rueff, previó el dilema europeo actual. "Europa existirá por su dinero o no existirá jamás", dijo Rueff en 1956. Con sólo un año de vida, la moneda única europea se ha convertido rápidamente en un poderoso catalizador para la integración política de Europa. Tan rápidamente, en realidad, que algunos de-

searían que el genio volviera a meterse en la botella. Con la desaparición de las barreras nacionales, la creación de un vasto bloque económico de 11 países ha dejado a los políticos desorientados, buscando cómo adaptarse.

El euro ha precipitado ya la transformación del Continente, que de un mercado común libre de barreras ha pasado a ser una entidad política cada vez más conjuntada. Si los "Estados Unidos de Europa" llegan, evolutivamente, a constituirse, los historiadores establecerán sus orígenes en el nacimiento del euro, en enero de 1999.

"Cuando tengamos las economías tan integradas, habrá presiones, por ello mismo, para proceder a la integración política", ha dicho Juergen von Hagen, director del Center for European Integration Studies, de Bonn.

Antes del euro, pocos eran los que se atrevían a predecir con fiabilidad a dónde se dirigía Europa. Sigue siendo, después de todo, un proyecto sin precedentes y, en muchos sentidos, sin un mapa de carreteras.

Pero ahora parece que los líderes europeos deberán hacer frente a una nueva categoría de imparable (*nonstop*) tensiones en la medida en que chocan en materia de coordinación política, como es el caso del terriblemente controvertido problema de la armonización fiscal.

La tarea se hace todavía más dura debido a que las fuerzas pro mercado que quedan sueltas por el conflicto del euro con el "mercado social" de los Estados del bienestar que mantienen alejadas las fuerzas del mercado libre. Muchos políticos continentales se sienten incómodos con el mercado libre.

"Hemos tenido siempre un proceso de integración de marcha lenta que se mueve mucho más rápidamente en el campo económico que en el político" ha dicho Charles Wyplosz, un investigador del Center for Economic Policy Research, de Ginebra.

El euro ha empezado a cambiar esto, dicen Wyplosz y otros. Apenas había hecho el euro su debut, poniendo en competencia los sistemas financieros los unos frente a los otros, que los políticos de la UE elaboraron el embrión de una política fiscal paneuropea. Los líderes de los países de elevados impuestos, como Alemania, y Francia, se quejaron de una competencia fiscal *unfair*.

Empezaron a presionar (*to lobby*) a favor de la armonización fiscal en la UE, sabiendo que el no actuar significaba que la competencia del mercado armonizaría los regímenes fiscales nacionales sin ellos. En el peor de los casos eso significa que los tipos fiscales convergerían en los niveles más bajos en la "carrera hacia lo más bajo, asustando a los gobiernos con la perspectiva de una incontrolada reducción de ingresos".

El primer año del euro coincide con un volumen récord de fusiones y adquisiciones, en la medida en que

las compañías nacionales adoptan estrategias europeas. Se espera que bancos y compañías de seguros se fusionen formando una nueva clase de gigantes paneuropeos, por lo que los políticos tendrán un problema regulatorio sin precedentes.

"Dentro de 5 años", dice Wyplosz, "podría muy bien existir una autoridad bancaria europea".

Suponiendo que el proyecto de euro permanezca intacto, deben esperarse grandes cambios, incluso sin un Estado federal europeo. Entre dichos cambios figura la creación, más pronto o más tarde, de una autoridad impositora para la redistribución de recursos a los países menos dotados del bloque. Para algunos, el establecimiento de impuestos en el marco de la UE resultará inevitable en una zona económica muy diversificada (*disparate*) agrupada bajo un solo tipo de interés y las políticas del banco central.

Una de las más tangibles ramificaciones políticas del euro se ha manifestado en el Parlamento Europeo, un órgano que sólo empezó a adquirir poderes legislativos significativos el año pasado.

Antes del comienzo del euro, pocos europeos, fuera de Bruselas, habían oído de Christa Randzio-Plath, un miembro alemán del Parlamento Europeo. Pero como jefe del Comité de asuntos económicos y monetarios, Randzio-Plath personifica la evolución de la Europa política.

Hoy, Miss Randzio-Plath es uno de los pocos europeos que se hallan en una posición que le capacita para analizar el tan independiente Banco Central Europeo, el cual, por ley, se halla aislado de toda influencia política. Todos los tratados están aislados de influencias políticas. Todos los trimestres, el presidente del banco, Wim Duisenberg, debe someterse al interrogatorio del citado comité. Esto le concede al Parlamento el principal papel supervisor sobre el banco central supranacional y un papel político sin precedentes. Es un papel que no se concede a los Parlamentos nacionales.

"Siempre pongo de relieve que el euro es un medio de unión política", dice Miss Randzio-Plath, la cual admite que el Parlamento Europeo tenía sólo poderes limitados en el pasado. "El euro es un símbolo. Si los países europeos están dispuestos a trabajar conjuntamente para cumplimentar los criterios y el calendario para el euro, también pueden trabajar conjuntamente en otros campos".

Éstos incluyen cuestiones tan diversas y tan amplias como la coordinación económica, la política social, los derechos de los ciudadanos, la política exterior y de seguridad y problemas del medio ambiente.

La evolución política será gradual, casi con toda seguridad. Los padres fundadores del euro, nombres tales como Helmut Kohl y François Mitterrand, hablaron abiertamente de "una unión todavía más estrecha". Para ellos, el euro fue siempre una visión política. El banco central alemán lamentó la falta de estructuras federales en el tratado de Maastricht de 1992 sobre la Unión Europea, el cual hace descansar el objetivo en-

tero de la integración en el único pilar de la moneda común.

La paradoja es que hombres como Kohl y Mitterrand son considerados como declarados defensores del tradicional modelo económico conocido como "mercado social", que mantiene las fuerzas del mercado a una prudente distancia. Con el euro, los mismos hombres abrieron la puerta a las más potentes fuerzas del mercado libre de Europa.

Esto explica porqué alguno de los cambios más radicales hayan cogido a muchos europeos, incluidos algunos de sus líderes, del todo desprevenidos. Kohl, que quería unir el Continente para evitar una nueva guerra europea, no supo ver las dimensiones económicas del euro.

Franceses como Mitterrand se concentraron en el potencial del euro para hacer de Francia una potencia mundial a través de su peso en Europa. Y antes de que el euro fuera una realidad, otros concentraron su estrecha atención en una peregrino debate sobre puntos decimales y volúmenes del déficit. Visto todo esto con cierta perspectiva no puede dejar de verificarse cuánto abundaron las visiones limitadas.

En su primer año, el euro ha empezado a soltar fuerzas promercado que son mucho más robustas que su débil tipo de cambio podría dar a entender.

Se ha producido una enorme transparencia de precios y de salarios, desde la Alemania de costes elevados hasta la España de los costes bajos. Los pantalones tejanos, los cheques bancarios y los beneficios de la seguridad social, todos tienen una misma denominación, una que ya no varía exclusivamente con los tipos de cambio. Esto ha desencadenado guerras de precios a la distribución y temores sindicales sobre erosión de ingresos. A medida que los salarios se armonizan, los sindicatos nacionales se verán presionados para fusionarse en grupos para la negociación colectiva de dimensión paneuropea.

"Las fronteras nacionales irán perdiendo importancia", dijo Von Hagen, el académico en Bonn. Esto sitúa a los líderes nacionales en un dilema. Un lado del dilema es competir los unos con los otros; el otro es unirse. Aquí es donde la intención de Jacques Rueff entra en juego. Su intuición, en efecto, fue que lo que harán será unirse.

Los alemanes no lamentan haber abandonado un DM fuerte

(Philippe Ricard, en *Le Monde Economique* de 11 de enero)

Sujetos a la fuerza del DM, la población y los responsables alemanes deberían sentirse, se piensa, particularmente sensibles a la buena posición "exterior" del euro. Después de haber sacrificado el símbolo de su éxito económico, parecía que los alemanes iban a lamentar los excesos de debilidad de la moneda única. En el momento de dejar la escena monetaria, a últimos de agosto, Hans Tietmeyer, el muy influyente presi-

dente del Bundesbank, subrayaba que el movimiento de baja del euro frente al dólar "ha provocado la incertidumbre en mucha gente", esperando que "la diferencia entre ambas monedas no se amplíe".

A pesar del descenso continuo de la moneda única, que parece jugar con la paridad del dólar desde hace algunas semanas, nuestros vecinos no dan la impresión de preocuparse en exceso. Se conforman con los mensajes tranquilizadores destilados por un Banco Central Europeo destinado a sustituir en los espíritus al poderoso Bundesbank. Los responsables alemanes han buscado estas últimas semanas desdramatizar las fluctuaciones del euro. El canciller Schroeder, a pesar de haber sido sermoneado por el presidente del BCE —que considera que las intervenciones de aquél en los casos Mannesmann y Holzmann han acentuado el descenso de la moneda única— no se inquieta demasiado. Sin multiplicar las declaraciones sobre el tema, Schroeder considera, según la fórmula ritual, que "el euro dispone de un potencial de apreciación".

Por su parte, Ernst Welteke, el nuevo presidente del Bundesbank, estima que la moneda única "sigue estable" y subraya, para tranquilizar a sus conciudadanos, que su estabilidad interior prevalece sobre las fluctuaciones frente a las divisas internacionales. Welteke considera ahora que el curso de lanzamiento de la moneda única, el 1 de enero de 1999, no estaba adaptado. Welteke había dejado entender, al fin del verano, que el tipo de cambio más deseable sería el de 1,05 dólares por euro. "Se debe juzgar una tendencia larga, lo que no es aún el caso para una moneda de un año de edad".

En el pasado, el DM conoció alteraciones más amplias, y su curso actual de 1 dólar por casi 2 DM está dentro de los márgenes de sus fluctuaciones precedentes.

¿Por qué tanta serenidad aparente? El tipo de cambio actual del euro es "un sostén positivo" para las exportaciones fuera de la zona euro, dice el Instituto para la coyuntura IFO. Después de un principio de año difícil, que ha seguido a las crisis en Asia y en algunos otros países emergentes, "la debilidad del euro facilita la recuperación de las exportaciones", constata, por su parte, Udo Ludwig, del instituto económico IWW, de Halle.

En las esferas gubernamentales se tiene la tendencia a estimar que esa prima explica la recuperación de la actividad económica alemana y que "a medio plazo, influirá sobre el empleo". Por lo que se refiere a los simples ciudadanos, "no hacen elucubraciones, pues no comprenden necesariamente lo que pasa: el euro todavía no es una realidad para la mayor parte de la gente, que todavía tienen DMs en las manos". Un gran número de turistas alemanes siguen en la zona euro con ocasión de sus viajes y, así, no se preocupan por el vigor del euro y del yen. "En el plano interior, el euro es hoy estable como el DM de los mejores momentos. Y la inflación sigue muy débil", se dice para explicar la aparente serenidad de sus conciudadanos, un país donde la memoria colectiva está todavía marcada por los períodos de hiperinflación de la primera mitad de siglo. "Contrariamente a lo que ha podido ocurrir con diferen-

tes monedas antes del euro, el descenso de la moneda única no refleja en absoluto la fragilidad de la zona, sino más bien los buenos resultados de otros polos económicos, como Estados Unidos”.

Sin dramatizar, Reinhard Kudiss, economista de la Federación de la industria alemana, reconoce, sin embargo, que “los sentimientos están divididos” entre los jefes de empresa. Si el actual nivel del euro beneficia a los exportadores, también encarece las compras de energía y de ciertas piezas mecánicas. Sobre todo, “si el descenso del euro fuera a durar, podría hacer disminuir la confianza que debe acompañar a la joven moneda”, toda vez que el euro no es tan fuerte como se había esperado.

Ciertos responsables monetarios alemanes han señalado, con todo, que la situación monetaria “es uno de los campos en los que el euro no ha convencido”. El descenso actual podría tener diversos inconvenientes: además de su impacto sobre la inflación, dificulta que el euro pueda imponerse como moneda de reserva internacional, y corre el riesgo de fragilizar su aceptación entre la población y también en los países susceptibles de incorporarse a la Unión Monetaria, en especial Gran Bretaña.

Esas preocupaciones son aún minoritarias en la opinión pública, pero es probable que vayan encontrando adeptos si el repliegue del euro prosigue.

El camino de Europa hacia el crecimiento

(Peter Norman y Peter Wis en *Financial Times* de 12 de enero)

Los sarcásticos pueden contemplar una cumbre especial titulada “Por una Europa de innovaciones y de conocimiento con más empleo y cohesión social” más como una invitación a la carcajada que la señal de un nuevo amanecer para Europa. Después de todo, la Unión Europea celebró una cumbre especial sobre el empleo a finales de los 90, acordó un pacto sobre el empleo, elabora líneas de conducta nacionales sobre el empleo cada año... y todavía tiene una tasa de desempleo media de alrededor del 10 por ciento.

Todo esto parece no preocupar a Antonio Guterres, el primer ministro de Portugal. Su ambición es que Europa sea la economía más competitiva del mundo el año 2010, basada en el conocimiento y en la innovación.

Esto puede ser más que retórica política. Aunque él sea el líder de uno de los países más pequeños de la UE, Guterres se ha ganado una reputación como pensador original entre los políticos de centro izquierda que buscan la “tercera vía”. Y como titular de la presidencia rotativa de seis meses de la UE desde principios de este año, Guterres presidirá la cumbre de Lisboa en Marzo destinada a iniciar el proceso de alcanzar y de superar a Estados Unidos.

Con un hablar pausado y buen aspecto, Guterres expone sus argumentos cuidadosamente, y explica

porqué nos hallamos en el momento adecuado para dirigir Europa hacia un rápido desarrollo y una creación de empleo al tiempo que se reforman –aunque no se abandonan– los programas sociales de los países miembros. “No queremos hacerlo por los titulares”, dice. “Lo que deseamos es que Europa trabaje”.

Guterres “no tendrá que empezar de cero. La moneda única europea ha sobrevivido su primer año sin crisis”. Las perspectivas de crecimiento del continente han mejorado. Los déficits presupuestarios se hallan bajo control y la inflación es baja. Por otra parte Europa dispone de varias iniciativas en marcha –que han recibido los nombres de pasadas cumbres en Luxemburgo, Cardiff y Colonia– para combatir el desempleo, procurar las reformas estructurales y promover el diálogo entre los gobiernos y entre los empresarios y sindicatos.

Además, la mayor rapidez de la transición de Europa hacia una economía basada en los conocimientos no es un proyecto nuevo para el primer ministro portugués, de 50 años. Hace un año se le pidió, por parte de otros líderes del Partido de Socialistas Europeos, que investigara el alcance de la promoción del empleo. Al cabo de dos meses presentó un comprensivo análisis en el que subrayaba la necesidad de una mayor coordinación y en el que valoraba la formación de un consenso que incorporara la conveniencia de obligarse a la consecución de un modelo social modernizado.

Desde el año pasado, Guterres ha estado visitando a otros líderes de la UE para conocer sus ideas y para conseguir el soporte necesario durante los meses de su presidencia de la UE. Guterres es muy considerado por sus colegas, y fue la primera persona propuesta el año pasado por Tony Blair para el puesto de presidente de la Comisión, ahora ocupado por Romano Prodi. Viudo y con hijos, Guterres rechazó el nombramiento para seguir cerca de su familia y para conducir al Partido Socialista Portugués en las elecciones generales del año pasado.

Los contactos que ha establecido con otros líderes europeos dan base para esperar que la cumbre de Lisboa no degenerará en un forcejeo entre aquellos líderes europeos, como Blair, que desean acentuar la reforma estructural, y los otros –como Lionel Jospin– para quien la protección social es la mayor prioridad.

La receta de Guterres es “sumar y no restar”, para conseguir así un consenso que trate de combinar y hacer compatibles aquellos dos objetivos. Guterres cree que su tarea será facilitada por el nuevo consenso según el cual “la innovación es hoy probablemente el elemento más relevante en la creación de riqueza”.

Sus métodos preferidos para asegurar el progreso consisten en establecer objetivos, cuando sea posible. Los políticos necesitan “instrumentos ligeros que sean coherentes y compatibles”, dice Guterres. Deben evitar las respuestas rituales. Sin objetivos y prioridades, el proceso de reforma será sustituido por la retórica y la burocracia.

(...)

Al igual que Blair, Guterres cree que "el proceso de Cardiff" para la promoción de la reforma estructural en la UE debe ser reforzado. Una medida práctica –en la que trabaja la Comisión Europea– sería dar a las pequeñas compañías de alta tecnología un mejor acceso al capital riesgo ("venture capital").

La educación es otra esfera que merece un trato preferencial. Guterres cita como ejemplo la política de Portugal de dar clases escolares por encima de un cierto grado de acceso a Internet. En el marco europeo, Portugal sugerirá que los Estados miembros deberían considerar un marco que fijara niveles básicos de competencia en materias tales como las matemáticas, información tecnológica e idiomas extranjeros, y esto para procurar la movilidad social dentro de la UE, así como actuar contra la exclusión social. Otra idea para fomentar la movilidad laboral es un "pasaporte" de tecnología de la información que sirviera para probar que el titular posee determinados conocimientos específicos sobre dicha materia.

El aspecto social de la reunión de los días 23 y 24 de marzo en Lisboa tendrá gran importancia. Se está creando un grupo de alto nivel para intentar desarrollar claras perspectivas de política social en Europa en 2010 y 2020, cuando las poblaciones maduras amenazarán la viabilidad financiera de los sistemas de pensiones de muchos países. La idea de Guterres es que el informe del grupo debería dar lugar a un intercambio de información y demostrar las mejores prácticas con el fin de evitar futuras crisis.

La cumbre tratará también problemas de exclusión social. Una propuesta defendida por Guterres es que Lisboa debería establecer el objetivo de erradicar la pobreza infantil en 2010.

"No creo que debamos emular a Estados Unidos en lo negativo", dice Guterres. "Queremos ser una sociedad competitiva, y creo que la cohesión social es un elemento de competitividad. Una sociedad que tiene que hacer frente a problemas de disyunción social no será competitiva. Más pronto o más tarde tendrá terribles problemas de competitividad":

Su rechazo del modelo social de Estados Unidos "no significa que no tengamos que aprender del hecho de que muchos mercados operan mucho mejor allí que en Europa. En Estados Unidos se han desarrollado muchas capacidades que han hecho que la sociedad con base en el conocimiento ha resultado mucho más eficaz que en Europa. Pero no tenemos porqué crear grandes bolsas de pobreza para alcanzar lo mismo".

Pero, ¿puede una cumbre política europea codearse con un mundo donde el cambio tiene lugar a una velocidad escalofriante y a una escala que deja pequeñas a las economías de muchos países? La Opa hostil de Vodafone Air Touch a Mannesmann valora a la compañía alemana en alrededor de 130 m.m. euros (?) (133 m.m. de dólares), lo que es más que el PIB de Portugal. La propuesta de adquisición de Time Warner por American On Line significa una operación todavía mayor, de 335 m.m. de dólares.

La respuesta de Guterres es que tales tendencias

subrayan la necesidad de una estrategia para Europa. "Uno puede hacer frente al cambio con una estrategia o con una burocracia", dice el primer ministro. La estrategia es mejor porque "le permite a uno hacer exactamente lo que quiere".

¡ Vive les catastrophes, vive la croissance !

(Hervé Kempf, en *Le Monde* de 11 de enero)

Una de las características más sorprendentes de los fenómenos climáticos y de la marea negra que han afectado a Francia es que no tendrán incidencia macroeconómica importante. Tanto es así que Lionel Jospin y Christian Sautter, el ministro de Economía y de Finanzas, se han felicitado de que "el crecimiento no tendrá que sufrir el impacto de esas intemperies y de esta catástrofe". Denis Kessler, presidente de la Federación francesa de las compañías de seguros, manifiesta incluso que "ese siniestro es más bien positivo para el producto interior bruto".

Esta paradoja es familiar a los economistas del medio ambiente: suscitando gastos de reparación de los daños, la degradación del medio es una fuente de crecimiento. Los numerosos efectos negativos sectoriales de las tempestades y de la marea negra deberían así ser compensados por la mayor actividad necesaria para las reparaciones. Por ejemplo, si los dueños de los criadores de ostras corren el riesgo de perder dinero, los artesanos de la construcción han de trabajar más para reparar los daños, lo cual, a su vez, supone un efecto modernizador puesto que lo que se repara es algo más o menos anticuado. Electricité de France va a instalar un número mucho más importante de lo previsto de líneas eléctricas; la explotación forestal va a reestructurarse; la presión por la renovación de la flota petrolera va a aumentar...

Por supuesto, este análisis no tiene en cuenta la pérdida de patrimonio provocado por esos desastres, ni sus efectos negativos sobre el bienestar. Por lo que se refiere a los daños ecológicos –por ejemplo, la desaparición de miles de pájaros– lo cierto es que éstos no cuentan, económicamente, para nada. Incluso si, como dice un economista, ese estado de cosas puede ser juzgado como "una perversión keynesiana", está claro: en un país desarrollado el resultado de una catástrofe de esa naturaleza, por lo que al crecimiento se refiere, es probablemente positivo.

Esa primera paradoja explica otra, la segunda: A pesar de la multiplicación aparente de los desórdenes climáticos –inundaciones y ciclones– y de los temblores de tierra, los países desarrollados, particularmente Estados Unidos, no se comprometen realmente en la lucha contra el cambio climático.

¿Por qué? En primer lugar, porque el coste monetario de esos desórdenes es de hecho marginal: el huracán Andrew de 1992, uno de los más devastadores que ha sufrido Estados Unidos, costó el 0'5% del PIB norteamericano, según el International Institute for Applied Systems Analysis (IIASA), de Viena, en su revista *Options* (otoño 1999). Por otra parte, los países

desarrollados saben cada día más cómo prevenirse ante esos desastres: construcciones antisísmicas, evacuación de zonas inundables, sistemas de alerta, etc.

Las pérdidas humanas son así limitadas, y el coste material resulta soportable.

Por el contrario, en los países en vías de desarrollo esas catástrofes climáticas tienen un impacto enorme: son más de diez mil muertos los que provocó el ciclón que azotó Orissa, en la India, en noviembre de 1999. A más de veinte mil se elevaron los muertos por las inundaciones de Venezuela, en Diciembre. Pero, según el punto de vista dominante, esas catástrofes no tienen casi efecto alguno sobre la economía mundial, porque esos países o esas regiones no están integrados en los circuitos comerciales: si la producción de petróleo venezolano no ha estado afectada, poco importa... Para los países desarrollados, esas catástrofes en el Sur son tan insignificantes que, como lo recuerda el World Disasters Report, publicado en 1999 por la Cruz Roja internacional, la ayuda pública de los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) a los países del Sur ha disminuido sin cesar desde 1992.

De hecho, todo pasa como si las consecuencias posibles de un eventual cambio climático estuvieran muy lúcidamente asumidas por los que adoptan las grandes decisiones económicas. Como si la adopción de la apuesta de Pascal, al que se refieren implícitamente la mayoría de aquellos que se interesan por las políticas inducidas por el cambio climático, fueran invertida. La idea de Pascal es la siguiente: Apostemos que Dios existe; "si tu ganas, lo ganas todo; si pierdes, no pierdes nada". El economista Jean-Charles Hourcade propuso, hace unos años, adaptar esa apuesta al cambio climático. Actuemos como si éste debiera producirse. Si realmente se produce, habremos limitado la extensión del mismo. Si no se produce, no habremos perdido nada con el cambio porque las políticas puestas en práctica tienen de todas maneras efectos positivos.

Todo ocurre como si el razonamiento inverso fuera sostenido por aquellos que no quieren cambiar nada. Si el cambio climático no tiene lugar, conseguimos los beneficios de un crecimiento que sigue produciendo mucho gas con efecto invernadero. Si tiene lugar, sabremos protegernos contra el mismo y esto tendrá tal vez incluso efectos favorables en la economía.

Aunque raramente expresada directamente, esta idea subyace en muchos razonamientos. Por ejemplo, en *The Wall Street Journal* de 19 de agosto de 1999, Peter Huber, del Manhattan Institute, escribía que "el capitalismo occidental ha llegado a ser muy robusto y resistente", a lo que añadía: "La riqueza y el poder que la tecnología nos procura se ofrecen como la mejor defensa que tenemos contra las catástrofes naturales". En su informe consagrado al efecto del comercio sobre el medio ambiente publicado en octubre de 1999, la Organización Mundial del Comercio estimaba por su parte que el desarrollo de los intercambios "conduce a niveles de vida más elevados, los cuales, a su vez, conducen a un medio ambiente más limpio".

Se observa el fallo de este razonamiento: se apoya

sobre una medida contable de la economía que no rinde cuenta de la actividad real de los hombres, de sus sufrimientos, de sus alegrías. Un fallecimiento no cuenta para nada o se cuenta por millones según el lugar en que se produzca; la tasa de crecimiento del producto interior bruto sigue siendo el patrón de referencia de la política económica.

Los responsables políticos y las opiniones públicas mantienen los ojos puestos sobre este indicador engañoso y pernicioso, gran *totem* de las poblaciones occidentales.

La multiplicación de los desórdenes climáticos no supone una conclusión evidente: la incertidumbre científica perdura y proporciona argumentos fuertes, en el marco político dominante, a aquellos que no quieren hacer nada, o hacer lo mínimo.

Pero está claro que uno no puede alegrarse de una tasa de crecimiento elevado –y, por ejemplo, del nivel récord de la producción de automóviles franceses– y a la vez pretender luchar contra el cambio climático. La cuestión climática exige una elección por parte de la sociedad: permanecer en el marco de la economía dominante, de su obsesión por el consumo, de su ignorancia de los países del Sur, o poner en práctica una economía mundial más sobria, más equitativa, que suponga para el Norte un menor consumo material. El crecimiento o la utopía. La catástrofe o un mundo justo.

El trabajo sin fin

(*Le Monde* de 31 de diciembre. Editorial)

No sólo hay malas noticias: el paro sigue disminuyendo en Francia. El número de los sin empleo ha bajado, en noviembre, en 44.400, según las cifras hechas públicas el jueves 30 de diciembre por el ministro del Empleo. El paro, así, ha bajado en más del 10 por ciento en doce meses. Este reflujo, constante después de más de dos años, pone en duda una de las ideas más debatidas y, sin embargo, más arraigadas de nuestro inconsciente colectivo: la de un "fin del trabajo" inexorable.

Dos décadas de una progresión constante del número de los parados –los años 70 y 80– habían terminado por convencernos, a la derecha como a la izquierda, que había ahí una fatalidad. Los coreanos y, con ellos, el conjunto de los países en vías de desarrollo, nos robaban nuestros empleos menos cualificados. Las nuevas tecnologías, puestas al servicio de una carrera por el beneficio sin fin, contribuían, por su parte a la destrucción masiva de los puestos de trabajo sobrantes. En pocas palabras, entrábamos en una civilización que rechazaba al hombre (y a la mujer) que no era ya capaz de ofrecerle un trabajo, es decir, a la vez un medio para vivir y la ocasión de integrarse en la sociedad.

El hecho de que el libro del economista norteamericano Jeremy Rifkin, *El fin del trabajo*, encontrara en Francia una gran acogida no tenía, en esas condiciones, nada de sorprendente. Muchos habían hecho

suyo el título del libro. La idea, muy popular, de una "escasez" inevitable de trabajo había incluso conducido a argumentos malthusianos para justificar la prioridad dada a la reducción del tiempo de trabajo, a costa de razonamientos que presentaban el tiempo "elegido" o el derecho al "tiempo libre". Puesto que hay menos trabajo, repartámoslo.

Hoy ya no es posible seguir hablando de "fin del trabajo". Nuestra economía, como la de la mayor parte de los otros países del planeta, crea permanentemente puestos de trabajo. Gracias a la vuelta del crecimiento, los crea incluso masivamente. El número de los puestos ocupados ha aumentado en más de 420.000 este año (después de una progresión de 375.000 en 1998). Los efectivos empleados en el sector comercial han superado el listón de los 14 millones, un nivel jamás alcanzado hasta el presente. Algunas empresas ven incluso amenazado su crecimiento por la incapacidad de encontrar la mano de obra que necesitan.

Si esto no es "el fin del trabajo", es, eso sí, "el fin del trabajo como el de antes". Ésta era precisamente la tesis de Jeremy Rifkin. Lionel Jospin puede hablar, con razón, de una nueva perspectiva, la perspectiva de una vuelta a una sociedad "de pleno empleo". Que Jospin pudiera decirlo sin provocar la más pequeña sonrisa sugiere un cambio de estado de espíritu, uno de los cambios más notables, sin duda, del año que termina. Francia cuenta todavía con 2,7 millones de parados. Para continuar reabsorbiendo esta masa todavía imponente de parados hace falta también adaptar el conjunto de nuestra organización social a esa tarea nueva que trae la "nueva economía". Es otro desafío y, sin duda, también, el verdadero debate.

Rey de la economía

(Gérard Baker, en *Financial Times* de 9 de enero)

Unos días antes de Navidad, John Podesta, el cauto jefe de personal del Presidente Clinton, hizo una muy esperada llamada a la Reserva Federal. Greenspan escuchó cómo Podesta le explicaba al presidente de ésta que el Presidente desearía ver a principios de año al jefe de la R.F. en una reunión que podría resultar importante.

El martes por la mañana, esta semana, el presidente del banco central entró en el comedor presidencial de la *executive mansion*. Después de unas palabras de bienvenida, el presidente hizo su oferta: el Presidente estaría muy complacido si Greenspan se mantuviera cuatro años más en la cabeza del banco central. Todo esto estaba previsto desde hacía tiempo. El saxofonista de 73 años, tenista apasionada y economista, el hombre a quien más se ha atribuido el éxito económico de Estados Unidos en los últimos cinco años, estaba ya de nuevo en la presidencia de la Reserva Federal. Esto aseguraba la continuidad de la política monetaria, incluso teniendo en cuenta que las elecciones presidenciales pueden suponer algún cambio en el resto de las actividades de la Administración.

La satisfacción por la renovación del puesto ha

sido general. Republicanos y Demócratas se ha apresurado a aplaudir la decisión, lo que puede sugerir que la sesión del Congreso –que debe celebrarse el 26 de este mes– en la que se confirmará el nombramiento, tendrá más de coronación que de informe (*hearing*) ante las cámaras.

Incluso Bill Bradley –uno de los candidatos demócratas a la presidencia–, que nunca ha sido un partidario de Greenspan, manifestó inteligentemente su "mea culpa" en la televisión nacional. Bradley, senador, reconoció que había cometido "un error" cuando votó contra Greenspan en el primer nombramiento de Greenspan, en 1987.

En su panegírico, Clinton dijo que estaba dispuesto a hacer lo imposible para que Greenspan fuera designado. Pero no tuvo necesidad de esforzarse mucho. Pocas figuras nacionales en Estados Unidos cuentan hoy una admiración tan generalizada. En realidad no hubo ninguna alternativa válida.

Robert Rubin, el tan respetado ex secretario del Tesoro y el único posible, aunque remoto, candidato. Afortunadamente, Rubin no expresó ningún deseo de volver a Méjico ni de abandonar su nuevo puesto al frente de Citigroup. "Creo que no habríamos sabido qué hacer si Rubin hubiera mostrado interés por el cargo", ha dicho un relevante funcionario de la Casa Blanca. Incluso para Rubin, un relevante banquero de inversión, habría sido casi un sacrilegio negarle un ofrecimiento a Clinton.

Todavía puede encontrarse algún crítico de Greenspan. Dicen que la labor de éste ha sido buena, pero que ha sido ayudado por la suerte. Tomó posesión de su cargo en 1987, después de Paul Wolcker, su predecesor que había hecho ya mucho para reducir la inflación. Hay otros que dicen que Greenspan ha sucumbido a la retórica sobre la "nueva economía" norteamericana, en la etapa más reciente, y ha permitido que se desarrollara una burbuja inflacionista. Su reputación puede que no sea tan buena dentro de cuatro años, dicen los críticos.

Incluso alguno de sus partidarios están preocupados por creer que el culto a Greenspan es un fenómeno peligroso porque resultará difícil remplazarle sin alterar los mercados, y porque puede incluso obligar a cambiar el curso de la economía.

Todo esto es aceptable, pero pocos son los que como Greenspan se han ganado el prestigio de que gozan. Como presidente de un banco central, ha mostrado una notable flexibilidad. Cuando sus colegas, tanto en Estados Unidos como en otros países, se han dedicado o han defendido exclusivamente la inflación, Greenspan se ha mostrado más pragmático. Su temprano reconocimiento de que la economía podía crecer más deprisa de lo que con anterioridad se creía –posición que no aceptaron la mayoría de los que tenían algo que decir sobre la materia– puede considerarse como un testamento de su capacidad y destreza.

Esas condiciones permitieron a Greenspan salir de las sombras del banco central y entrar en el panteón de los héroes nacionales en los últimos años. Esto hizo

adecuado que Clinton eligiera la primera semana del nuevo milenio para renovar el nombramiento de Alan Greenspan dado que la mayoría de los presidentes de larga duración de la R.F. habrán caído en el siglo XX. Greenspan podrá presumir de ser el primer gran norteamericano del siglo XXI.

Su estatura como gigante nacional es intrínsecamente moderna. Los dos Roosevelts, Marshall Eisenhower, Kennedy y King fueron sometidos a pruebas con ocasión de crisis internas y de guerras globales. Sus instrumentos fueron una visión estratégica y cualidades oratorias. Sus objetivos y conquistas fueran la salvación de vidas y la prevención de luchas mortales promoviendo la libertad y derrotando la opresión. Llevaron a cabo sus cometidos en el campo político que exaltó su gran estatura.

El mundo de la post Guerra Fría que empezó cuando Greenspan ocupó su cargo, necesitaba cualidades diferentes y menores. Los retos son más mundanos: la defensa y difusión de la prosperidad, la ampliación de las condiciones de la base económica de un país y asegurando un marco de estabilidad económica.

Las cualidades humanas que se necesitan para ello son una gran atención para el detalle, flexibilidad intelectual y una mente abierta a nuevas ideas.

Greenspan reúne estos requisitos a la perfección. No es un orador. Si dispone de una visión estratégica, pocos serán los que se la reconozcan. A pesar de su reputación puede todavía viajar anónimamente a través de la mayor parte del país. Es difícil imaginárselo ganando unas elecciones para un cargo público. Y sin embargo, el gran pragmatista, es la encarnación (*avatar*) de su tiempo, como lo son los grandes políticos líderes del siglo XX.

EE.UU.: ¿Cómo acabará la expansión? ¿Con una recesión? ¿Con un aterrizaje suave?

Dentro de la serie publicada por *Financial Times* sobre la nueva economía USA en las últimas semanas, destacó por su interés la 5ª parte, debida a Gerhard Baker, que se ofrece a continuación.

Para el verdadero creyente se trata de un Nuevo Paradigma, una moderna revolución industrial que ha elevado a Estados Unidos permanentemente a una vía superior de crecimiento sostenido y más rápido.

Explotando una notable confluencia de cambios estructurales –innovación tecnológica, dinamismo financiero y empresarial, mercados laborales crecientemente flexibles y una nueva política de estabilidad– Norteamérica está desplegando sus poderes económicos tradicionales de agilidad y apertura para reafirmar su supremacía económica vieja de un siglo.

De acuerdo con el transformado panorama, la bolsa se ha salido de las tendencias históricamente establecidas y, presionando más arriba hacia unos niveles más elevados de valoración, refleja ahora la alta

tecnología, la mayor rapidez y la economía de baja inflación que parece garantizar una larga prosperidad.

Como dijo recientemente Alan Greenspan –el presidente de la Reserva Federal, un hombre que ha hecho una gran carrera profesional evitando las hipérbolas– “se puede asegurar que estamos presenciando, en esta década, en Estados Unidos, la más clara demostración de la historia de la capacidad productiva de los pueblos libres operando en mercados libres”.

Para el escéptico, se trata de un cuento familiar de exageraciones y vanaglorias con las que se construyen los nuevos paradigmas que llenan la Historia siempre que la economía disfruta de unos buenos años. Pero se trata de un interminable palabreo que casi siempre ha terminado de manera equivocada. Esta vez, el fenómeno ha conseguido una patina de respetabilidad debido a cambios significativos aunque sin mayor importancia.

La fantasía de que Estados Unidos puede disfrutar de un crecimiento más rápido y sostenido ha sido prolongada por la sorprendente confluencia de golpes de suerte irrepetibles, circunstancias que han debilitado las usuales presiones inflacionistas en una economía de crecimiento rápido.

Todo eso se ha combinado para producir otra ola de mayor confianza, que ha dado como resultado unos desequilibrios financieros masivos, que se han impulsado para arriba más aún en un burbuja bursátil que no puede dejar de tener fin, como han hecho todas las demás, con una explosión inflacionista y con una prolongada recesión.

El moderno escéptico recuerda las resonantes palabras de Paul Warburg, el banquero inversor, quien escribió, con notable acierto, en marzo de 1929: la Historia, que tiene una lamentable manera de repetirse, ha enseñado a la Humanidad que una superexpansión especulativa termina invariablemente en una sobrecontracción y en sufrimiento.

¿Cuál es el punto de vista correcto?

Está en la naturaleza de los cambios históricos el que éstos sean invisibles mientras se produce la transición, y dado que las “falsas caídas” (*false downs*) han resultado muy productivas, el riesgo de un exceso de confianza es siempre elevado.

Pero, curiosamente, es posible que esta vez, tanto el optimista como el escéptico tengan razón. Estados Unidos, ciertamente, parece haber disfrutado de un cambio estructural en su suerte que, por lo menos, ha llevado el potencial productivo a largo plazo donde estaba antes que la crisis de 20 años empezara a mediados de los años 70.

Pero la historia indica que el mismo proceso de cambio –bien sea la amplitud del transporte ferroviario a mediados del siglo XIX, bien la electricidad, 50 años más tarde, o la llegada de las técnicas de la producción en masa en las primeras décadas del siglo XX– conduce todavía a mayores estimaciones de lo que puede

ser posible que esté justificado por la mayor base económica.

Los resultados de los últimos años han sido realmente impresionantes, contémplesse como se quiera. El próximo febrero, nueve años después de que se iniciara, la presente expansión se habrá convertido en la más larga de la historia. Más sorprendente han sido los resultados a lo largo de los cuatro años más recientes, en que el crecimiento incluso se aceleró.

Desde el principio de 1996, la economía ha crecido firmemente a una tasa anual real del 4 por ciento, lo que representa más de una media de poco menos del 3 por ciento conseguido en los últimos 20 años.

Los datos brutos raras veces reflejan los verdaderos. Examinados de otra forma, Estados Unidos, en los últimos tres años, ha incrementado su producción en 1.300 m.m., una cifra equivalente a una economía del tamaño de la Gran Bretaña. La sensación de una prosperidad norteamericana única se ha visto acentuada por años de débil crecimiento de una gran parte del resto del mundo.

Ha habido periodos de acelerado crecimiento con anterioridad, naturalmente –para unos cuantos años, en los 80, y para un tiempo más largo, a mediados de los 60. Pero lo que hace única la presente expansión es que este rápido crecimiento ha tenido lugar sin inflación.

En las dos previas y largas expansiones de los últimos 40 años –las de 1960 y 1980– la inflación fue subiendo gradualmente, y la capacidad de la economía no pudo hacer frente a la creciente demanda. Entre 1960 y 1970, el deflactor de precios se elevó de una tasa anual de aumento del 1,4 por ciento a una tasa del 5,3 por ciento.

En los años 80 el comportamiento de los precios fue mejor, y la inflación bajó apreciablemente durante la recesión de 1981–82. Pero en 1986 la tasa subió de un ritmo anual de 2,2 por ciento a un 3,9 por ciento en 1990.

Pero el deflactor ha bajado de hecho cada año a lo largo de la corriente expansión, excepto uno: 1993. En conjunto bajó del 3,9 por ciento en 1990 al 1,2 por ciento el año pasado, y a un 0,8 por ciento anualizado en el tercer trimestre de 1999.

Para los defensores del Nuevo Paradigma, este comportamiento de la inflación es un verdadero cambio, atribuible a la serie de cambios que *Financial Times* ha examinado en esta serie de trabajos.

En el conjunto de la opinión económica, existe ahora un consenso en que los cambios son reales.

“Pienso que es siempre apropiado ser prudente y cauteloso al pronosticar, y más aún cuando el horizonte del pronóstico aumenta”, dice Larry Summers, el Secretario del Tesoro de Estados Unidos. “Pero algo hay que, sin lugar a dudas, ha cambiado, aunque no podemos saber cuánto durará la diferencia”.

“Siempre es difícil comparar los cambios económicos históricos”, dice Michael Boskin, el que fue presi-

dente del consejo de asesores económicos de George Bush. “Pero creo que es perfectamente posible que los cambios que hemos visto en la pasada década llegarán a ser considerados tan importantes como la máquina de vapor o como muchas de las otras grandes innovaciones industriales. Pero cualquiera que sea la importancia de las innovaciones, la experiencia de anteriores periodos de cambios estructurales sugiere que existe un peligro real de que se creado una superconfianza incontrolable.

Eso es lo que puede estar ocurriendo de nuevo a finales de los años 1990. La economía puede ser capaz de crecer confortablemente a una tasa anual de hasta el 3,5 por ciento, lo que se compara con la vieja tasa de sólo algo más del 2,5 por ciento. Pero a la tasa actual del 4 por ciento –demasiado deprisa, incluso para el nuevo “límite de la velocidad”–, los desequilibrios han empezado a aparecer, y éstos amenazan con un colapso.

Un gran parte de la mayor demanda ha sido gastada en importaciones, elevando el déficit corriente hasta niveles peligrosos. Este año podía alcanzar el 3,5 por ciento del PIB –un nivel que numerosos economistas consideran como insostenible y del que puede muy bien resultar una significativa caída del dólar–, con las correspondientes implicaciones negativas para la inflación y para los mercados financieros.

Otra preocupación es el déficit financiero del sector privado, es decir, del importe de la deuda que los individuos y las empresas necesitan para financiar sus gastos. El déficit total es del 5 por ciento de la renta del conjunto del sector privado, el nivel más alto alcanzado desde la Segunda Guerra Mundial.

El mercado de trabajo se halla también en unas condiciones que las presiones inflacionistas podrían hacer mella en él.

Sobre todo, tal vez es el nivel del mercado de acciones el que más preocupa, incluso a los más optimistas defensores de la *New Economy*.

Es imposible cuantificar cuales puedan ser esos desequilibrios. Puede que no sean tan amenazadores como podría pensarse. El déficit corriente, por ejemplo, disminuirá, probablemente, de forma gradual, en la medida en que aumente el crecimiento en el resto del mundo. Tampoco es fácil evaluar lo que puede ocurrir con los valores de la bolsa.

Pero lo que se puede prever que suceda como consecuencia de esas tensiones es que, por lo menos –incluso si la economía es ahora capaz de crecer a una tasa sostenible y más rápida que en el pasado– se esté expandiendo con excesiva rapidez.

El crecimiento potencial anual a largo plazo puede haber pasado del 2,5 por ciento de antes al 3,5 por ciento de hoy. Pero sólo los más alocados optimistas podrían pensar que este último porcentaje puede ser del 4 o del 4,5 por ciento, que es el que se está alcanzando en más de una ocasión.

Esto significa que el crecimiento de la demanda

debe ralentizarse a lo largo del próximo año, aproximadamente, bien a través del tan buscado "aterrizaje suave", o gradualmente, desacelerando la demanda, o a través de algo más dramático, probablemente a través de movimientos bursátiles susceptibles de provocar una recesión.

Sea lo que fuere, ahí es donde debe mostrar sus habilidades la Nueva Economía. Sería un error pensar que una crisis o una desaceleración vaya a invalidar los cambios que se han sucedido en la últimas décadas.

"Como mostraron los años 20, el cambio tecnológico no es una defensa contra problemas cíclicos o financieros", dice Larry Summers. Pero –añade– la multiutilización de la electricidad que caracterizó dicha década contribuyó a la transformación de las bases económicas de Estados Unidos. Y aunque los años 20 terminaron con el más espectacular de los colapsos financieros de la historia de Norteamérica, los cambios estructurales siguieron ahí. La electricidad, después de todo, ha demostrado ser un beneficio duradero.

Andando sobre aguas turbias

(Martín Wolf, en *Financial Times* de 12 de enero)

Querido Sr. Greenspan: Le felicito por la renovación de su cargo en la Reserva Federal. La decisión del presidente Clinton de ofrecerle a Vd. un cuarto mandato era prevista desde tiempos atrás. John McCain, candidato republicano a la presidencia, interpretó bien el ambiente cuando sugirió que Vd. debía ser presidente de la Reserva Federal, no de por vida, sino incluso después del término de ésta. Dadas esas expectativas, su decisión de continuar es valiente. La reputación de un hombre considerado capaz de andar sobre las aguas es más probable que se hunda que que flote.

Y lo que es peor, Vd. será criticado por hechos que no están bajo su control. Hoy, la gente parece creer que los gobernadores de los bancos centrales pueden crear prosperidad. Una política monetaria disparatada, en forma de deflación o de alta inflación, hace mucho daño. Pero una política sensata ni asegura un crecimiento rápido ni elimina las recesiones. Vd. sabe lo que es esto, cosa que hace que su decisión de continuar sea todavía más valiente. Así pues, ¿cuáles son las probabilidades de que, de un determinado momento, incluso sus santificados pies se mojen?

Para contestar a esta pregunta es necesario empezar con las raíces de la euforia. Porque en realidad es bien explicable: un extraordinario número de cosas han ido bien para Estados Unidos, y han sido realizadas bien por Norteamérica desde principios de los años 1980.

La Unión Soviética colapsó. Lo mismo ocurrió, casi al mismo tiempo, con el crecimiento del poderoso conquistador, la economía japonesa, una caída a la que se añadió la subsiguiente crisis de Corea del Sur, el país en desarrollo que más había crecido a imagen de Japón. Paul Volcker, su predecesor, acabó con la inflación, mientras Vd. gestionaba las consecuencias de la crisis de la bolsa de 1987, la crisis inmobiliaria de últi-

mos de los 80 y el revuelo financiero del verano y el otoño de 1998.

La economía fue desregulada en los años 80 y la política fiscal fue subsecuentemente contraída en los 90. El próximo mes la economía habrá alcanzado su expansión más duradera que se conozca. Sólo ha sufrido, desde 1982, un año de un crecimiento ligeramente negativo. A lo largo de los pasados cuatro años de extraordinaria recuperación, la economía se ha expandido a una tasa media de algo más del 4 por ciento. En Noviembre de 1999, el desempleo se situó en el 4,1 por ciento de la masa laboral, al tiempo que los precios al consumo, aún no siendo bajos, fueron tolerables, creciendo en un 3,2 por ciento.

El crecimiento de la productividad también se ha acelerado, como Vd. ha subrayado repetidamente. Muchos observadores juzgan ahora que la tasa subyacente de crecimiento ha subido de 2 y 2,5 por ciento a 3 y 3,5 por ciento. Esta mejora del crecimiento subyacente se relaciona con el dominio por parte de Estados Unidos de la revolución tecnológica presente. La Tecnología, definida en términos amplios, representa el 30 por ciento de la capitalización de la bolsa de Estados Unidos, un valor de más de 3 billones de dólares, que se compara con unos meros 350 m.m. de dólares de toda la industria minera.

Su país se halla en una notable fase, lo que no significa que haya evitado tremendos errores. Para los creyentes de la libertad de empresa, los resultados obtenidos son inmensamente alentadores. Sin embargo, la consiguiente euforia puede resultar excesiva. Vd. mismo ha apuntado la razón de ésta cuando habló de "rational exuberance".

Cualesquiera que sean las mejoras subyacentes en los resultados económicos reales, la espléndida subida del mercado de valores y el aumento real de las rentas han generado todavía unos mayores incrementos en la demanda real. Ésta, a su vez, ha creado unos grandes y a la larga insostenibles desequilibrios macroeconómicos. La gran cuestión es si éstos se eliminarán con suavidad.

Empecemos con la bolsa. Entre su mínimo de 1981 y el fin del último año, el valor índice del S&P, deflactado por los precios al consumo, se elevó en un 570 por ciento. Sin embargo, las ganancias reales subyacentes de las sociedades (deflactadas de forma idéntica) incluidas en el citado índice se elevaron en un mero 61 por ciento. Mientras tanto, la ratio precios/ganancias –el valor dado a las ganancias de las empresas– cuadruplicó. Este cambio en la valoración está reflejado en el salto de la ratio del valor de la bolsa en relación con el producto interior bruto, de una media de 60 años, del 50 por ciento al 150 por ciento de hoy.

La preocupación debe ser que la tan ascendente bolsa amenace la estabilidad económica.

Por extensión, la crítica más poderosa dirigida a la Reserva Federal es que debe ser culpada por lo menos en parte del alza extraordinaria.

Un argumento ingenioso para justificar esta proposi-

ción es que las intervenciones de la Reserva Federal han llevado a los inversores a una falsa situación de seguridad. Al indicar que uno detendrá o reducirá una crisis, Vd. puede muy bien persuadir a los inversores para que asuman más riesgos de los que normalmente asumirían.

El "equity risk premium", es decir, el abono adicional de acciones en vez de bonos, ha promediado alrededor de 7 puntos porcentuales a largo plazo. A las valoraciones actuales, esa prima puede ser alrededor del 1 o 2 por ciento. Un estudio de próxima publicación sostiene que esa caída —una contrapartida de la subida del mercado— puede ser explicada por la creencia, entre los inversores, que la Reserva Federal intentaría establecer un mínimo en el mercado de alrededor del 25 por ciento por debajo de su nivel actual.

Dado que la política monetaria no puede determinar los precios reales a largo plazo, no se puede hacer tal cosa. Pero si los inversores creen que uno puede, esto puede ser suficiente para explicar su ligereza sobre las presentes valoraciones. Si las cosas se presentan de este modo, sus repetidas expresiones de preocupación sobre el impacto del pánico en el mercado y su demostrada voluntad de intervenir durante las crisis del mercado han sido suficientes, sostienen los autores, para crear la burbuja del mercado.

El alza del mercado de valores ha contribuido, a su vez, a los síntomas presentes de recalentamiento: la demanda interna real subió a alrededor del 5% al año en los pasados cuatro años, lo que está por encima del criterio de casi todo el mundo sobre la tendencia a largo plazo; un déficit por cuenta corriente de 3,7% del PIB el año pasado, el cual, según la OCDE, subirá a más del 4% este año y el siguiente; y un sector privado con un déficit sin precedentes. La inflación sigue bajo control, pero esto podría sólo reflejar una capacidad temporal para combinar un enorme déficit corriente con un dólar fuerte.

Lo que Estados Unidos necesita hacer durante su próximo mandato es eliminar los desequilibrios que han surgido durante los años de su más reciente estancia al frente a la Reserva Federal, y esto sin precipitar la recesión. Vd. deberá también disminuir el crecimiento de la demanda interna por debajo de la de la producción potencial. También debe Vd, evitar una baja importante del dólar y mantener la inflación bajo control. Si quiere conseguir todo esto, será necesario un gran declive desestabilizador del mercado de valores. Estoy encantado que vaya a ser Vd. el que intente conseguir este milagro. Si no puede conseguirlo, nadie podrá. Si Vd. lo consigue, será verdad que Vd. puede andar sobre las aguas.

Suyo afectísimo.

Martín Wolf.

OMC: las razones de un fracaso anunciado

(Babette Stern, en *Le Monde* de 7 de diciembre)

El desfile previsto en Seattle el 30 de noviembre,

día de la inauguración oficial de la reunión de la Organización Mundial del Comercio, "no debe durar más de tres o cuatro horas", había explicado Paul Schell, el alcalde de la ciudad. Mal pronóstico. Fue una marea humana la que se abatió sobre la población. Decenas de miles de manifestantes —sindicalistas, estudiantes, movimientos de protesta, colectivos de asociaciones de defensa del medio ambiente— unidos en la misma cuestión del rechazo de la mundialización salvaje transformaron el centro de la ciudad en un campo atrinchado.

En el exterior, y a pesar de los inevitables rompedores, aquello era Woodstock (sin las flores) y mayo del 68 reunidos, con el perfume un poco olvidado de las grandes manifestaciones pacifistas de los años 70 contra la guerra del Vietnam. Seattle, donde había tenido lugar, en 1919, la primera huelga general de los Estados Unidos, lugar privilegiado de los movimientos de protesta, se había dejado sumergir por el movimiento de lucha contra la mundialización. El alcalde Schell se limitaba a decretar el estado de alerta. Venidos de todas las partes del mundo, 135 ministros se habían dado cita para recorrer una nueva etapa hacia la liberalización del comercio.

Una liberalización que ellos deseaban más ordenada, con una reglas del juego claras y equitativas, que rigieran bajo la égida de un juez de paz, la OMC.

Los manifestantes gritaban que no querían más mundialización como la actual, en la que las ganancias de las multinacionales se anteponen a las preocupaciones humanas, en la que la calidad de la alimentación y la defensa del medio ambiente no son tenidas en cuenta, en la que los derechos del trabajo no son reconocidos, en la que los países pobres son marginados, explotados. Los manifestantes han expresado con energía que no quieren esas instituciones en las que sólo se expresan los países más fuertes, en las que se adoptan decisiones en medio de la mayor opacidad, en las que la sociedad civil no tiene derecho a la palabra frente a los expertos. Son, pues, expresiones de alegría las que han saludado el fracaso de la conferencia.

Si bien la presión de la calle, sin duda alguna, impregnó el clima de los trabajos, la misma no habría podido, sola, transformar en fracaso esta reunión, prevista desde hacía tiempo en la agenda internacional. El objetivo de la misma era ambicioso: encontrar un consenso entre los países miembros de la OMC sobre un texto que sirviera de marco a unas negociaciones relativas a la apertura de los mercados comerciales, un movimiento iniciado en la posguerra con la creación del GATT. Sin embargo, cerca de 50 años más tarde, la situación ha cambiado substancialmente. Por una parte, la OMC, sucesora del GATT, no es ya un club de países ricos que negociaban entre ellos rebajas de derechos de aduana de los diferentes sectores. Unos 135 países se han adherido a la Organización. Unos 100 son países en vías de desarrollo. China está a punto de incorporarse, y Rusia lo hará más pronto o más tarde. Los países en vías de desarrollo no quieren ser ya figuras más o menos decorativas, sino que piensan participar plenamente en las decisiones que se adopten.

Por otra parte, los intercambios no se limitan ya a las mercancías. Los progresos tecnológicos y la evolución de la sociedad provocan una interpenetración de las economías y un acceso mayor a los servicios y a las ideas. Esta apertura de los mercados plantea la cuestión de las reglas en materia de competencia, de inversiones o de organización de los mercados. También suscita el temor a una uniformización de la cultura.

El tema es tanto más complejo cuanto que las instituciones, los métodos, los hábitos de pensar han quedado unidos al modelo industrial de la posguerra. Ningún agente político, y menos que nadie los norteamericanos, encargados de organizar la reunión, tuvo en cuenta esa diferencia (*décalage*). Esta es la primera razón del fracaso de Seattle.

La segunda es política. Norteamérica se halla en campaña electoral. Bill Clinton, que desea que Al Gore le suceda en la Casa Blanca dentro de 18 meses, definió una doble estrategia. Eligió insistir sobre la política agrícola común (PAC) exigiendo la eliminación de las subvenciones a la exportación agrícola, para dar satisfacción a los *lobbies* agrícolas, a las grandes empresas como Monsanto, así como al Congreso. Por su parte, la negociadora Charlene Barshefsky aduló a los sindicatos norteamericanos, sobre todo al más importante de todos, el AFL-CIO, proponiendo en el seno de la OMC la creación de un grupo de trabajo sobre las relaciones entre comercio y normas sociales fundamentales como la prohibición del trabajo de los menores, el trabajo forzado y la libertad sindical. El apoyo de los sindicatos a los demócratas se pagó a ese precio. El éxito de los manifestantes de Seattle condujo a Clinton a inclinar su discurso hacia la izquierda, alejando todavía más la perspectiva de un consenso sobre un texto de declaración final.

Si los europeos, también ellos, bogaron por el respeto de las normas sociales, en modo alguno podían ceder sobre la agricultura. Además, por un fenómeno de "quién da más": debido a la cohabitación, Francia había puesto el listón muy alto al reclamar el respeto del principio de precaución, la exclusión de la cultura y, en general, la aceptación de todos los temas nuevos. Ni Estados Unidos ni Europa podían presentar a su opinión pública interior un texto mediocre sin ser acusados de haber cedido ante el otro. Ganó la política.

La ronda Milenario no tendrá lugar. O sí, tal vez, más tarde. Mientras tanto, la OMC debe cambiar. Pascal Lamy resumía este imperativo: "como no son los problemas los que dejarán de existir, son las instituciones las que deberán transformarse". El comercio no desaparecerá por ello. Con una subida del 9 por ciento este año, el comercio exterior se halla en pleno crecimiento. No es el fracaso de Seattle el que va a lastimarlo.

Seattle: se busca un responsable

(Lucas Delattre, en *Le Monde* de 7 de diciembre)

Los norteamericanos exhiben su optimismo; los europeos dicen que tienen la conciencia tranquila; y

los países en vías de desarrollo manifiestan su decepción. Tal es la tonalidad general de las reacciones después del fracaso de la conferencia ministerial de Seattle, que terminó el 4 de diciembre sin que los 135 miembros de la Organización Mundial del Comercio se pusieran de acuerdo sobre la apertura de una nueva ronda de liberalización de los intercambios.

El presidente Clinton declaró el sábado que seguía siendo optimista sobre las posibilidades de poner en marcha en los próximos meses unas nuevas negociaciones comerciales en el marco de la OMC. "Estoy dispuesto a progresar en el camino del libre cambio y del crecimiento económico, asegurando, sin embargo, que la economía tenga un rostro humano", añadió Clinton.

"Tenemos la conciencia tranquila. Hemos venido a Seattle con un espíritu abierto, un orden del día abierto", declaró Pascal Lamy, jefe de negociadores de la Unión Europea. Aún reconociendo que el fracaso de la reunión constituyó una mala noticia para la UE y para las otras partes contratantes de la OMC, el comisario europeo ha señalado a los norteamericanos como responsables, "metidos en una campaña electoral". Lamy añadió que "la Unión Europea ha sido en estas negociaciones un puente entre los países en desarrollo y Estados Unidos".

El comisario europeo que tiene a su cargo el comercio exterior precisó su pensamiento en una entrevista en *Liberation* del lunes 6 de diciembre: La OMC, decía Lamy, "tiene hoy unas ambiciones que exceden a sus posibilidades. Es evidente que tenemos un problema institucional mundial [...]. Se busca siempre al Jean Monnet de principios del próximo siglo [...]. Debemos preguntarnos cómo, concretamente, se puede sostener este sistema de democracia planetaria en el que Estados Unidos, Bangladesh y Noruega tienen la misma voz". A lo que Lamy añade: "La dificultad de encuentra en el hecho de que, a diferencia de Europa, Estados Unidos no tienen un gran interés a "multilateralizar" el sistema".

Dicho de otro modo, Europa, que había pedido en 1998 la puesta en marcha de la "ronda del milenario", tenía más que ganar en Seattle que Estados Unidos. Resumiendo las relaciones de fuerza en Seattle, el comisario europeo subraya que "había cuatro grupos en presencia: Europa y sus amigos, Estados Unidos y sus aliados, los países emergentes y los países pobres".

Las capitales europeas salieron, en general, decepcionadas, pero no abatidas. El finlandés Kimmo Sasi, actual presidente del consejo de ministros de Comercio de la Unión Europea, saludó los trabajos del comisario Pascal Lamy, aunque deplorando el fracaso de Seattle. En Alemania, el canciller Gerhard Schroeder ha "lamentado" el fracaso, deseando que las negociaciones se reanuden rápidamente y no se eternicen. En Italia, el ministro de Hacienda, Giuliano Amato, estimó que la conferencia cometió el error de pretender objetivos demasiado ambiciosos, en vez de concentrarse en lo esencial. Amato, por lo demás, teme que Seattle se convierta en el símbolo y el inicio del caos mundial.

En Francia, las reacciones fueron ecuanímes.

“Vale más un fracaso sano que un resultado confuso que no responda al problema actual del comercio mundial”, declaró Lionel Jospin el sábado, añadiendo que no se debe en modo alguno “dramatizar este fracaso”. El primer ministro francés reafirmó la necesidad de volver a las negociaciones de la OMC lo más pronto posible, “sobre bases más equilibradas: hace falta una organización mundial del comercio, una instancia en la que se puedan plantear los problemas de la regulación. De lo contrario todo esto se regulará simplemente entre las potencias”.

El ministro de Agricultura, Jean Glavany, desea también “desdramatizar”: “Vale más este fracaso que un mal acuerdo. Debe tomarse este fracaso como un mal momento y acto seguido prepararse para las negociaciones futuras”, dijo aquel en TF el domingo. “Nada hay que pueda reprocharse a Pascal Lamy. Europa ha dado muestras de muy buena voluntad. Ha propuesto textos, ideas nuevas; ha tendido la mano a países en vías de desarrollo. No es en este lado donde debe buscarse la responsabilidad”, dijo también Glavany.

“Todos los europeos hemos resistido a una presión muy fuerte por parte de Norteamérica, que quería acabar con la política agraria común”, declaró por su parte Christian Sautter, ministro de Economía y Finanzas, al Grand Jury RTL –*Le Monde*– LCI el domingo por la noche. Subrayando que “Europa había ante todo trabajado conjuntamente”, y que “sabía muy bien lo que quería”, Sautter subrayó que Europa “había estado acertada al mostrarse intransigente” frente a Estados Unidos, que concede el doble de ayudas a sus agricultores que los europeos. Sautter, en fin, subrayó que, a su juicio, “no es Europa la que sufrirá principalmente por este fracaso temporal. Los que van a sufrir principalmente como consecuencia de este fracaso temporal serán sobre todo los países menos avanzados”.

La decepción es la nota dominante en los países en vías de desarrollo. En Iberoamérica, los presidentes de Brasil y Perú, Henrique Cardoso y Alberto Fujimori, expresaron una posición común denunciando los obstáculos comerciales que Estados Unidos y la Unión Europea utilizan para bloquear los productos de los países de economías emergentes.

El periódico gubernamental egipcio *Al Ahram* subraya que el fracaso de Seattle “pone en evidencia las tentativas de los países industrializados de controlar el mundo del comercio con el fin de obtener beneficios a expensas de los Estados del sur”.

Para el diario *The New Delhi Times of India*, “la OMC es nuestra amiga, puesto que descansa sobre el concepto del comercio multilateral. Para un país como India, que no pertenece a ningún bloque comercial, se trata de un medio ideal de abrirse mercados sin tener que negociar con cada uno de los 135 países”. Así se expresaba un editorial publicado el día siguiente del fracaso de Seattle.

Las voces sindicales se han dejado oír en todo el mundo. Entre ellas, figura la de John Sweeny, presidente de la Confederación Sindical norteamericana AFL–CIO, que aplaudió “la posición valiente” del presidente Clinton en Seattle, quien insistió sobre los lazos entre comercio y

respeto de las normas sociales. “No se trata de imponer una duración legal del trabajo en los países en desarrollo, sino de derechos fundamentales relativos a la manera cómo son tratados los seres humanos”.

Alcázame si puedes

(*The Economist*. Editorial)

Una pregunta formulada por *The Economist* de 8 de enero era esta: ¿Quedarán los países en vías de desarrollo atrás como consecuencia de la revolución informático–tecnológica?

En los momentos en que las economías emergentes sufrían una crisis financiera y una recesión en la segunda mitad de los años 90, Norteamérica vivía una época de esplendor. Como consecuencia de ello, la diferencia de renta entre ricos y pobres empezó a ensancharse de nuevo. A lo largo de la próxima década, aproximadamente, la revolución informático–tecnológica (IT) es generalmente contemplada como la principal fuerza impulsora del crecimiento; y dado que las economías ricas, en especial Estados Unidos, disponen de un adelanto sustancial en el desarrollo y utilización de ordenadores, telecoms e Internet, mucha gente se siente preocupada de que todo esto dará lugar inevitablemente a que la diferencia entre países desarrollados y países en vías de desarrollo se ensanche todavía más. Pero no necesariamente: tal manera de pensar refleja una confusión por lo que se refiere a la naturaleza del crecimiento.

La revolución IT puede muy bien alimentar durante la próxima década el crecimiento norteamericano, pero esto no debería evitar que las economías emergentes crecieran todavía a un ritmo más alto. Esto es así por que es más fácil crecer y alcanzar al que va delante que llevar la delantera o conservar el liderazgo. Los países ricos deben concebir nuevas tecnologías para mantener un crecimiento rápido, pero los productores de los países más pobres pueden copiar esas tecnologías a un coste relativamente bajo. El crecimiento puede ser generado bien con un incremento de los inputs de capital y mano de obra, bien por la utilización más eficaz de esos inputs, como resultado de una nueva tecnología o una mejor gestión. El crecimiento basado sólo en mayores inputs de capital más que en la mayor eficacia estará sujeto a la larga a rendimientos decrecientes, razón por la cual en economías desarrolladas en la que la reserva de capital es ya importante, las claves son los avances tecnológicos y la mayor eficacia. En países menos desarrollados, la innovación es menos importante: pueden crecer comprando la tecnología de los países desarrollados.

Algunos economistas, como Paul Krugman, predijeron antes de la crisis de 1997 en Asia que la región reduciría pronto y sustancialmente su crecimiento porque éste era el resultado principalmente de una fuerte inversión y de una importante subida del empleo, más que del crecimiento de la productividad. En cuanto los trabajadores sobrantes fueran utilizados completamente y el capital empleado por trabajador alcanzara el de los países desarrollados –decía Krugman– el crecimiento de

Asia se interrumpiría. Luego resultó que estaba acertado por lo que se refiere a la crisis, pero equivocado (hasta ahora) respecto a las razones. Ahora que la burbuja financiera de Asia ha estallado, el margen para un nuevo y fuerte desarrollo sigue presente.

Es cierto que, a medida que las economías emergentes son más ricas, su margen para mantener su rápido crecimiento disminuye. Pero, por ahora, hay mucho espacio aún. Asia y otras economías emergentes son todavía mucho menores capital-intensivas que sus ricas interlocutoras. A mediados de los 90, el surcoreano medio tenía sólo dos quintas partes de capital con el que trabajar que su equivalente norteamericano. Un tailandés sólo una octava parte de lo mismo. Y si bien el crecimiento de la masa laboral puede desacelerarse con la disminución de los nacimientos, su calidad puede todavía mejorar mucho a través de la educación. El trabajador medio del Este asiático, de una edad de 25 años, ha recibido sólo siete años de educación, frente a más de diez años el de los países ricos.

Lo mismo es válido para otras economías emergentes, en las que la educación y el capital por trabajador generalmente son menores que los de Asia. Si este espacio para alcanzar a los delanteros es explotado, la desigualdad de rentas entre países podría disminuir en las próximas décadas. Incluso en el caso de que el crecimiento en los países ricos se vea incentivado por la revolución IT, las economías emergentes podrían adelantarse a las más avanzadas si siguen las políticas adecuadas. Hay ahí, desde luego, un gran *si* condicional. Alcanzar a los primeros está lejos de ser automático. África ha mostrado cuales son los efectos de las malas políticas (junto con la guerra y el hambre).

El gran reto de Asia es utilizar mejor el ahorro que en el pasado, permitiendo que los mercados, no los mandarines, distribuyan el capital, saneando los sistemas bancarios y eliminando el papeleo que obstaculiza la competencia. En la medida en que la crisis ha sido superada, Asia continuará ganando terreno, hasta llegar a alcanzar a los líderes. El crecimiento de Asia puede alcanzar una media del 4 por ciento. Esto sería menos que el 6% de los primeros 1990s, pero más que el mundo rico, cuyo crecimiento probable no superará el 2 por ciento.

Otros países emergentes de otras partes del mundo están, por fin, abriendo los mercados y desregulando sus economías. Iberoamérica y el Este de Europa podrían muy bien ver cómo sus economías mejoran su crecimiento en la próxima década. Mercados más abiertos permiten que la tecnología se difunda con mayor rapidez. Algunas economías seguirán sumergidas, pero aquellas que realicen las necesarias reformas serán las que más probabilidades tengan de disminuir las diferencias con los que tienen delante.

Las economías que no consigan salir de la cola tendrán mucho que criticar, pero no a la tecnología norteamericana, sino a ellos mismos.

La era del capital humano

El autor del artículo que se transcribe a continuación es

Daniel Cohen, profesor de economía de la Ecole Normale Supérieure y en la Universidad de París-I. Este texto es el prefacio de la edición 2000 de "Bilan du Monde" que apareció el 12 de enero. (*Le Monde* de 13 de enero).

Hubo el fin de los campesinos; después el de los obreros, y en el presente, ¿qué? ¿El fin de los empleados o, simplemente, el fin del trabajo? De la misma forma que un dios saturniano que devora a sus hijos, el capitalismo parece devorar la parte de civilización que él ha engendrado: la civilización del trabajo.

La agricultura, en la que trabajaba el 80 por ciento de los hombres desde la noche de los tiempos, ha desaparecido casi completamente. El precio de los productos se ha hundido, los campesinos han abandonado los campos y la parte del consumo agrícola se ha hundido irremisiblemente. Más tarde fue la industria la que conoció el mismo proceso. Llegó así la hora de una economía terciarizada, y los empleados reemplazaron a los obreros. Hoy, cuando la informática somete los mismos servicios a la exigencia de una productividad nueva, ¿no se vuelve a cerrar la trampa?

Porque resulta que nos falta un cuarto término para describir la próxima etapa, parece ineluctable que el proceso se bloquee. ¿Qué pasaría si la productividad continuase creciendo sola, sin salidas donde "ou puissent se 'déverser'", como lo decía Alfred Sauvy, a los trabajadores en paro?

Para comprender lo que podría ser ese cuarto término, hace falta, para empezar, volver sobre la noción de "servicios". ¿Qué querría decir, a la larga, una sociedad exclusivamente terciaria? ¿Sería una sociedad en la que el consumo de objetos seguiría siendo esencial, pero no ya su producción, toda vez que su circulación (publicidad, etc.) o su concepción (creadores, ingenieros...) absorbería lo esencial de las tareas? ¿O la sociedad saturaría progresivamente el consumo de objetos ella misma, por preferir sesiones de yoga, o toda otra actividad en la que la parte de objetos sería reducida a la porción adecuada ("congrue")? La "terciarización" de la sociedad no ayuda a responder a esta cuestión. Demasiadas dimensiones heteroclitas son de hecho agregadas a esta noción.

Se puede ver todo más claro si se reagrupan las actividades según criterios diferentes de los que habitualmente se utilizan. Agrupemos aquí en una sola todas las actividades que contribuyen a la producción de objetos. En este gran sector, incluimos la producción misma y todas las actividades de asesoría a las empresas. ¿Qué se descubre con la ayuda de esta agregación? Una extraordinaria estabilidad en el curso del siglo XX. La producción de objetos ocupa en efecto una parte constante: representa el 40 por ciento del empleo total en 1920 (tanto en Francia como en Estados Unidos) y el 40 por ciento en 1990 (id. id.).

Además de la producción de bienes ("des choses"), consideremos un segundo sector, el de la intermediación. Incluimos en este sector a todas las actividades de comercialización y a todos aquellos que contribuyen a intermediar o a mutualizar los riesgos (bancos, seguros). Este segundo sector es también notablemente estable. Representa el 18,7 por ciento

del empleo norteamericano en 1920, y el 20,7 por ciento en 1990. Parte de un nivel más bajo en Francia (15%), pero para unirse al nivel norteamericano en 1990 (20,5%). A imagen de la producción de cosas, la intermediación no evolucionó apenas, según esas estadísticas.

Es pues en el seno del "resto" de la economía donde se produce la gran transformación del siglo XX. Ese saldo incluye la agricultura y lo que se llama servicios sociales, es decir, para simplificar, la educación y la salud. A principios de siglo, la agricultura representa lo esencial: las tres cuartas partes, aproximadamente. A fin de siglo, se observa exactamente lo contrario. La agricultura ha desaparecido casi, y son en adelante los servicios los que constituyen la gran mayoría de los empleos constituidos por ese tercer sector.

Hay pues sin duda un basculamiento de la estructura de los empleos a escala del siglo, cuyo alcance es claro. No se trata de un retroceso del lugar que ocupa la producción de objetos "stricto sensu" en el volumen de empleo, sino de la sustitución de la producción del hombre por la tierra (agricultura) por la producción del hombre por el hombre (educación, sanidad).

Se puede ya decir entonces que objetos y hombres están a la par: acaparan hoy una parte igual del empleo total. Es justo, pues, afirmar que la parte del empleo consagrada a los objetos no ha variado, poniendo así el progreso técnico al servicio del crecimiento de su producción. Pero es igualmente justo argumentar –como lo hacen a veces los teóricos del final del trabajo– que el trabajo humano parece volver al mismo hombre.

Esa "humanización" progresiva de la producción en el curso del siglo es a la vez bien conocida –el siglo XX es el de la seguridad social– y misteriosa. ¿No debería más bien hablarse de "deshumanización" para comprender ese siglo? Todo está ahí: El siglo XX es el del trabajo en cadena, el de la organización científica del trabajo, creada para acoger a la población activa tal como se presentaba en la época (campesinos expulsados de sus tierras, trabajadores sin conocimientos...), y ha seguido ciego durante mucho tiempo ante la transformación de la sociedad, la cual, al convertirse en próspera, escolariza a sus hijos.

Se puede decir a este respecto que la era del capital humano, en la que entramos, no ha sido querida por el capitalismo. Ha sido más bien un efecto de la democracia. Los niños entran en la escuela de la República al principio del siglo XX en el momento en que las fábricas están concebidas para atraer a los analfabetos. Este es el sesgo ("decalage") social creado por esos dos procesos distintos que explotó en Mayo de 1968 y que se derrama hoy en la transformación de la organización productiva.

Utilizar el capital humano de un trabajador no significa, sin embargo, que el mundo productivo se humanice. Si el trabajador no tiene que obedecer ya a un "pequeño jefe", está obligado, en cambio, a las instrucciones de un programa informático que le manda a la nueva soledad del "cybermundo"; o bien debe hacer frente a las recriminaciones de clientes muy exigentes

por la cultura de la "puntualidad", que le hace pensar que "l'enfer, c'est les autres".

La autonomía, la iniciativa individual que son exigidas por el nuevo mundo productivo se convierten entonces en las causas de un estrés psíquico que vienen a ocupar el sitio de la fatiga física como dolor del trabajo. Es por esto por lo que es posible predecir que un día explotará el "decalage" que se está creando entre un mundo hiperproductivo de los "babyboomers" y los otros segmentos de la sociedad que pronto serán mayoritarios: la mujeres, los jóvenes y los viejos, esto es, los mismos "babyboomers" cuando habrán envejecido.

El curso de los precios de las materias primas

(Jonathan Fuerbringer en *The New York Times – Herald Tribune* de 30 de diciembre)

Los precios de algunas importantes materias básicas, entre las que se incluyen el petróleo para calefacción, el cobre y el níquel, han estado protagonizando un incremento de fin de año, en espera de que la economía global, dirigida por Asia y Europa, continuará su recuperación en 2000.

Muchos pronosticadores económicos afirman que las posibilidades son buenas, pero añaden que si el mayor crecimiento no se confirma, los precios de las materias primas, excluyendo los de las industrias petrolífera, podrían volver a bajar.

La previsión de los precios de las materias primas y la evaluación de sus efectos en la economía sigue siendo difícil, en parte porque las materias primas están sujetas a varios tipos de presiones, y porque representan un menor papel que en algunas fases del pasado en la producción de bienes y de servicios.

Los precios del petróleo están sujetos a fluctuaciones de la demanda, pero fue la decisión de los principales productores mundiales, incluyendo a miembros de la Organización de Países Exportadores de Petróleo de restringir los suministros lo que ocasionó que el precio se doblara este año.

En productos agrícolas, los precios se hallan bastante gobernados por la oferta, ya que la demanda se considera que es básicamente constante.

Materias primas industriales como el cobre, el níquel y la madera, por otra parte, están más ajustadas a la demanda. Consiguientemente, su recuperación es considerada como una buena señal de que la economía mundial está reaccionando tras las crisis financieras de 1997 y 1998. Pero su subida no es, como fue en el pasado, una señal de alarma que anuncia la inflación, a juicio de los analistas.

"Es interesante constatar que algunas materias primas están terminando el año cerca de sus máximos alcanzados durante el ciclo", ha dicho el director para materias globales en el Chase Manhattan Bank. Pero, añadió, "mucho de lo que ocurre en este terreno anun-

cia presiones –no es una respuesta al crecimiento–, de modo que una gran parte de lo que ocurre es reversible. El mercado ha de ver presiones físicas, y la convicción del mercado sobre crecimiento ha de ser confirmada”.

El director de investigación sobre futuros de Merrill Lynch señaló otro tipo de perspectivas. “Lo esencial es que lo peor ha pasado para las materias básicas”. Pero también dijo que esperaba una continuación de la divergencia en el comportamiento de las primeras materias industriales, por una parte, que han mejorado substancialmente, y, por otra, las materias primas agrícolas, que han empeorado.

El petróleo bruto ha estado subiendo substancialmente. La media de cinco años para contratos de futuros negociados en el New York Mercantile Exchange es de 18,94 dólares el barril, alrededor de 8 dólares por debajo del precio actual, mientras que la media para los contratos de gasolina sin plomo es de 56,82 cents el galón, lo que supone 16 cents por debajo del precio actual...

Aquellos que esperan que los mejores precios de las materias básicas se manifestarán en una subida de la inflación están equivocados, según O'Neill (Merrill Lynch).

La media de los precios de 17 primeras materias ha subido un 6,7 por ciento este año, y es probable que ocurra lo mismo el año próximo. Algunos analistas, sin embargo, se niegan a admitir que la media de aumento será en 2000 la misma que en 1999, y esto porque el precio del crudo no alcanzará los niveles de 1999.

Además, los precios agrícolas siguen sin reaccionar. El cacao sufrió este año la mayor caída de los últimos 25. Los cereales se hallan todavía bajos según standards históricos, y el algodón está cerca de sus mínimos para la década. El café, es cierto, ha subido el 15 por ciento, pero no ha hecho más que recuperar lo perdido no hace mucho.

Para las materias básicas industriales, puede que se experimente alguna subida en un futuro próximo, pero esta sería sólo modesta, según O'Neill.

¿Un siglo norteamericano?

(*Le Monde* de 1 de enero. Editorial)

Todavía en plena mitad de los años 80, se decía que estaba en camino de la decadencia. En este lado del Atlántico, pero también en Asia, donde los éxitos económicos llevaban a algunos a la arrogancia, se le veía en pleno declive, después de haber dominado el siglo. Había sonado la hora de Europa y de Asia –de Japón o de China, según la moda. En pocas palabras, Estados Unidos, se decía entonces, incluso en gruesos volúmenes, había conocido ya la apoteosis.

Los que eso decían se habían precipitado. Los norteamericanos no estaban dormidos, sino en curso de profundos cambios. Estaban inventando la nueva eco-

nomía. Estaban siendo los primeros en integrar las más recientes tecnologías de la información –nacidas en su suelo– a la industria y a los servicios. Esta revolución iba a devolver a la economía norteamericana su lugar preponderante. A esa potencia económica y tecnológica se le añadió, después de la victoria en la guerra fría, su dominio militar –el de las armas del futuro– e ideológico –la economía de mercado y la democracia, máximos horizontes... Estados Unidos es el mayor centro de investigación del mundo: año tras año, sus científicos obtienen más del 60 por ciento de los Nobel. Medio millón de jóvenes extranjeros estudian en sus universidades.

Tanto política como económicamente, su poderío es también, sobre todo, cultural: la cultura popular norteamericana domina el mundo. El conjunto de la panoplia, que ningún Estado posee en su totalidad, hace de ellos lo que el ensayista norteamericano Ben J. Wattenberg fue el primero en llamar “hiperpotencia”. El siglo XXI se anuncia como la repetición del XX: un siglo norteamericano.

Se necesitarán todavía 25 ó 50 años para que China pueda contar con los atributos de la verdadera potencia. El mismo tiempo se necesitaría para que Rusia resurgiera. La única potencia que intenta afirmarse al lado de Estados Unidos y que dispone poco o mucho de los mismos valores que Norteamérica es Europa. Europa avanza laboriosamente. Su economía está en la vía de un crecimiento durable. Europa se lanza sobre el siglo que empieza con una moneda única, el euro. Su proyección cultural no es tan débil como se ha dicho. En fin, Europa penetra en el milenio con la ambición de dotarse de uno de los parámetros que todavía le faltan cruelmente: una política exterior y de defensa común.

Y en una fase en que Europa progresa de este modo en el camino de la integración, inicia el proceso de ampliación, en el centro y en el este, y hacia Turquía, el 95 por ciento del territorio de la cual se sitúa ya en Asia. Una de las grandes cuestiones del futuro está ahí: de la posible capacidad de la Unión Europea de conseguir a la vez la ampliación y la profundización dependerá su acceso, o no, a la categoría de verdadera potencia. Una Europa de 28 Estados, cada vez más heterogénea, ¿sabrá ser algo más que una vasta zona de libre cambio, es decir, un gran mercado único? La respuesta a esta pregunta dirá si el siglo XXI será también un poco un siglo europeo. Mundialización no rima solamente con americanización.

Entrevista con Jacques Delors

(*Le Monde* de 19 de enero)

P. Cuando la cumbre de Helsinki, los Quince dieron un nuevo impulso a la ampliación de la Unión Europea. Con el tiempo, ésta contará con unos 27 miembros, más, eventualmente, Turquía. ¿No es muy rápido este proceso? Demasiada ampliación, ¿no conduce a diluir la integración europea?

R. Es un salto adelante difícilmente evitable. Pero

el dilema entre ampliación y profundización es real. Nuestro deber histórico es reunificar Europa, y abrir así los brazos a países que son tan europeos como nosotros, pero nosotros sabemos, a la luz de precedentes ampliaciones, que corremos así el riesgo de diluir el proyecto. Es por esto por lo que es esencial distinguir enfoque geopolítico y enfoque puramente político.

Yo apoyé al presidente Mitterrand cuando, en los últimos días de 1989, propuso una confederación europea. Era una intuición excelente y fuerte, incluso teniendo en cuenta que, desgraciadamente, no tuvo continuidad. Ahora bien, hemos tenido tendencia a no considerar a esos candidatos como actores, sino como simples beneficiarios potenciales de los méritos del espacio económico. Cometimos un error, ya que los genes de la historia europea están tanto en Belgrado, en Varsovia y en Praga como en París, Londres o Roma. No debemos tener una visión paternalista de países que incluso después de 40 años de totalitarismo, aspiran a constituir esta Europa con nosotros. Porque resulta que creamos un sentimiento de frustración exigiendo de ellos –aunque tengamos razón– que reúnan las condiciones para entrar en el gran mercado único, deberíamos al mismo tiempo abrirles las puertas, con un diálogo político más consecuente.

P. ¿Por qué ese sentimiento de frustración?

R. Porque no hemos sabido hacer la distinción entre gestión política y gestión económica. Hacen falta unos plazos para conseguir una integración de tipo económico, que exige de esos países una economía de mercado abierta y la integración en su legislación de toda la aportación comunitaria, que supone unas 60.000 páginas de documentos. Sin embargo, si realizar Europa es nuestro deber histórico, no creo, contrariamente a lo que afirma el Consejo Europeo, que esa Europa de 27 miembros, y mañana de 30 ó de 32, cuando la paz haya vuelto a los Balcanes, pueda tener objetivos tan ambiciosos como los que se establecieron en el tratado de Maastricht. En cambio, ese conjunto puede, a través de la creación de un gran espacio económico, la libertad de los intercambios, la multiplicación de los encuentros entre las poblaciones y las autoridades, contribuir a una mejor comprensión entre los pueblos.

P. ¿Ve usted una especie de Europa rebajada de grado o, en todo caso, de ambiciones limitadas?

R. No. Ese puede ser un gran éxito histórico desde el punto de vista geopolítico, es decir, la constitución de conjuntos que permitan instituir una mediación entre, por una parte, una mundialización ciega librada a las solas fuerzas del mercado y del capital, y, por otra, los mismos pueblos. Pero supondrá alejarse necesariamente de una Europa política como la definida por los Padres de Europa. Yo no elijo, pues, la profundización contra la ampliación, o al revés. Lo que digo es que para perseguir la profundización es necesario permitir a una avanzadilla que vaya más lejos, y que cumpla ya los objetivos ambiciosos del tratado de Maastricht.

P. ¿Es esto algo parecido al principio de las “cooperaciones reforzadas”?

R. No. Las “cooperaciones reforzadas” no pueden servir. En primer lugar, porque un país puede oponer su veto y también porque las “cooperaciones reforzadas” no se aplican a todo el tratado de Maastricht. Si se quiere seguir el objetivo de una Europa política se debe permitir a esa vanguardia constituir lo que yo llamo una “confederación de los Estados-nación”, porque yo no creo que las naciones estén condenadas a desaparecer. Este proyecto debe ser objeto de un tratado particular, más exigente y más explícito. Yo condeno la rutina que consiste en pensar que lo que ha sido un éxito en la ampliación de 6 a 9, y más tarde de 12, puede ser un buen método para una ampliación a 27 ó a 30.

P. ¿Cómo bautiza Vd. a esta federación de los Estados-nación?

R. Pienso que debe conducir a una unión económica y monetaria profundizada para una mejor coordinación de las políticas económicas, a una defensa unificada, a acciones comunes en el campo de las relaciones exteriores; en fin, a la creación de una especie de seguridad para los ciudadanos, cuestión que adquiere más importancia cada día, porque no se trata simplemente de la seguridad en relación con el orden público, con la criminalidad, y de la conectada con el medio ambiente, y de la seguridad alimenticia, todo lo cual, además, aumentará nuestra fuerza de proposición a escala mundial.

P. En Helsinki, los 15 prefirieron posponer una vasta reforma de las instituciones europeas, condición *sine qua non* de la ampliación.

R. Sí, porque no han querido plantear la cuestión que ofusca, y que divide: “¿Cuál podría ser nuestro proyecto común cuando seamos 30? Además, ¿cuál es ya nuestro proyecto común de 15?”. Cuando el Consejo europeo de Lisboa, en 1992, la Comisión había advertido contra una precipitación hacia nuevas ampliaciones. Ahora bien, bajo el impulso de algunos jefes de gobierno, ha proseguido el salto adelante. Hoy se tiene la impresión de que nuestras instituciones están inadaptadas para una Europa de 15, y no digamos de 30.

P. Al final de los trabajos de Helsinki, el presidente de la Comisión de Bruselas, Romano Prodi, propuso iniciar un gran debate sobre las fronteras de Europa.

R. ¡Es la cuestión del millón de euros! Es insoluble. Es por esto por lo que yo propongo una versión geopolítica asociada a una interpretación política. En la opción, yo veo muy bien que Ucrania participe en el proyecto: es un país muy próximo a nosotros, que sufre mucho, al que le cuesta mucho deshacerse de los lazos tutelares de le frenan. Pero yo me niego a entrar en un debate explosivo y sin salida sobre el tema “¿dónde están las fronteras de Europa?”.

P. Pero, ¿es un falso debate tratar de definir lo que fundamenta a Europa y la identidad europea?

R. No. Al contrario. Yo lamento que el Consejo europeo se niegue a tratar esta cuestión, y que nadie le in-

vite a ello. ¿Qué queremos y qué podemos hacer juntos? Éstas son las dos cuestiones vitales. Si se responde a las mismas, tendremos sin lugar a dudas divergencias, pero saldremos del debate colectivamente, con las ideas del todo claras. ¿Vamos a abandonar el sueño de los Padres de Europa que, en una época extremadamente difícil, en que los pueblos tenían presentes las guerras y las atrocidades, han sobrellevado todo eso para tenderse las manos y hacer algo inaudito en la Historia? La verdadera cuestión es saber si los europeos quieren o no representar todavía su papel en la Historia.

P. ¿No hay una contradicción fundamental en el anuncio mismo de su idea de una federación de Estados-nación?

R. Lo que yo defiendo del método federal es que permite saber qué hace quien, y, así, permite a los ciudadanos sancionar lo que no les parece conforme con el mandato que han dado a sus dirigentes. Y lo que defiendo de la Historia es que los Estados-nación deben permanecer. El método comunitario, que se halla actualmente en declive, permite conciliar los dos. Consiste en hacer funcionar bien el triángulo constituido por el Parlamento europeo, un Consejo de ministros que decide y que es colegislador con el Parlamento, y una Comisión, órgano de proposición y de ejecución. Cuando el triángulo funciona bien, todo el mundo está satisfecho, puesto que no llegan al Consejo más que las grandes cuestiones. Ahora bien, desde hace algunos años, se desconfía de la Comisión, y se llega a una situación de un Consejo europeo que funcionan como un G7! El resultado son unos órdenes del día demenciales, comunicados demasiado largos y, salvo excepción, como la defensa, esto no hace avanzar a Europa. Cuando se ignora el método comunitario, Europa se atasca en la declaración de intenciones no seguida de acción concreta.

P. ¿Cómo conciliar ese método comunitario con eso que llaman "déficit democrático" de Europa, con el hecho que los ciudadanos son cada día más escépticos respecto a las decisiones comunitarias?

R. Se debe aplicar el principio de subsidiariedad, es decir, no abordar en el nivel europeo cuestiones mejor tratadas a los niveles nacional y local. También es necesario que los gobiernos cambien su pedagogía respecto a la opinión. Pues todos han caído en esta inclinación: para no enfadarse, no sólo no se plantean las verdaderas cuestiones, sino que todo se dispone para que todo el mundo pueda decir "he ganado". En fin, las instituciones podrían acercarse a los ciudadanos y hacer que Europa fuera más legible.

La contradicción europea

(*Le Monde* de 19 de enero. Editorial)

Es un experto el que habla, un europeo con experiencia y convencido. Lo que dice es grave. Lo que dice es molesto, como lo es con frecuencia la verdad. Lo que dice es ocultado por los dirigentes de los principales países de la Unión Europea, maestros en el manejo del políticamente

correcto europeo, que engaña de la misma manera a su mundo. Expresidente de la Comisión, Jacques Delors, en la entrevista que publicamos hoy, proclama esta verdad evidente: la ampliación de la Unión diluye el proyecto europeo. La ampliación refuerza la Europa-espacio en detrimento de la Europa-potencia.

Yo no creo, contrariamente a lo que afirma el Consejo europeo –dice el antiguo presidente de la Comisión– que la Europa de 27 países, y mañana de 30 ó 32, cuando la paz será de nuevo una realidad en los Balcanes, pueda tener objetivos tan ambiciosos como los establecidos por el tratado de Maastricht. La ampliación era tal vez –sin duda– políticamente correcta. ¿Cómo negar la identidad profundamente europea de Praga, Budapest o Varsovia? Pero no se puede seguir diciendo que la ampliación, por la gracia de no se sabe qué milagrosa dinámica, irá acompañada de la profundización de Europa.

Ese discurso, que los dirigentes europeos repiten una y otra vez, es una falacia ("contre-verité"). Ya es difícil conducir políticas comunes de quince países. Será casi imposible hacerlo con 27. Una vez más, la contradicción delante de la cual se encuentra hoy Europa era tal vez ineluctable ("incontournable") –cree Jacques Delors– pero no sirve para nada no reconocerla y de no designarla como tal. Sería saludable que se cese de adormecer a las opiniones con el atenuante e insignificante latiguillo sobre la necesidad de llevar concertadamente la profundización y la ampliación de Europa, dos objetivos perfectamente antinómicos. Si la profundización tiene lugar, no afectará más que a una pequeña vanguardia en el seno de la Unión.

Jacques Delors dice muy bien la manera cómo la ampliación modelo europea se encamina hacia un "gran espacio económico" de libertad de intercambio, con la ayuda de la moneda común. No es la Europa potencia en la que soñaban los Padres fundadores y no pocos de sus sucesores. Una Europa compuesta de naciones con ambición de representar un papel común en la Historia, de ser uno de los actores de ésta.

Ser más que un mercado único supone una voluntad política común en terrenos como la defensa, la política exterior, la alta tecnología, la cultura, la educación. Es una misión difícil si son 15 los países. Si la Unión hubiera tenido que decidir sola, Grecia se habría opuesto a una intervención en Kosovo. Y es una misión imposible con 27, salvo que se sea lo suficientemente ingenuo para creer que se podría poner de acuerdo a países tan diversos, y a veces opuestos, como los de la constelación europea que hoy se está construyendo.

Para que las cosas fueran de otra manera haría falta una reforma radical de las instituciones europeas. Pero no es por ahí por donde se va. Que se sepa y que se diga que las cosas son así.

La economía alemana sigue fuerte

(Dagmar Aalund, en *Wall Street Journal Europe* de 21-22 de enero)

El índice alemán de IFO de la confianza de los em-

presarios alcanzó en Diciembre un máximo de los dos últimos años, lo que constituye una manifestación de la recuperación en la primera economía de la zona euro, al tiempo que indica el aumento de las expectativas existentes por lo que se refiere a una subida del tipo de interés del euro.

Pero los datos de IFO, en línea con la mayoría de los pronósticos, no significó un fortalecimiento del euro, que a última hora estaba situado en 1'0094 dólares en Europa.

Las persistentes buenas noticias en la economía de la zona euro y la reciente subida de las reivindicaciones del sindicato IGMetall elevan las expectativas y llevan a pensar en una próxima elevación de los tipos de interés, destinada a frenar posibles presiones inflacionistas. En una reunión bimensual regular del Banco Central Europeo celebrada hace dos días, los tipos quedaron como estaban, como se suponía.

La mayoría de los economistas, sin embargo, creen que el BCE subirá su principal tipo de refinanciación –actualmente situado en el 3 por ciento– en un cuarto o en medio punto, pero esto en Febrero o Marzo. El objetivo principal de la política monetaria del banco es el mantenimiento de los precios al consumo por debajo del 2 por ciento.

Un paso hacia unos mayores tipos de interés estaría en línea con la tendencia de otros países. Hace sólo dos días el Swiss National Bank restringió de hecho su política monetaria al anunciar que establecería como objetivo del tipo para los créditos interbancarios el extremo superior de un determinado margen, y esto debido a las abundantes señales de recuperación económica. El pasado mes el Banco de Inglaterra subió sus tipos, y se espera que la Reserva Federal haga lo mismo en Febrero.

Aunque la inflación en los 11 países de la zona euro ha estado subiendo, el BCE ha dicho que el incremento, debido sobre todo a los altos precios del petróleo, no es una causa de preocupación por el momento. Sin embargo, el BCE ha dejado también claro que unos acuerdos salariales moderados son cruciales para el mantenimiento de la inflación dentro de ciertos límites. La reciente demanda de un 5'5 por ciento de subida de los salarios por parte de los metalúrgicos alemanes, con una representación de 3'4 millones de trabajadores y que establece una referencia para otros sindicatos, es mucho mayor de lo esperado y podría incitar al BCE a ponerse en acción, a juicio de muchos economistas.

En cualquier caso, el aspecto de la inflación subyacente es benigno, a pesar de los recientes aumentos como consecuencia de la subida del precio del petróleo.

La oferta monetaria M3 correspondiente a Febrero, esperada por el BCE y que debe hacerse pública dentro de pocos días, podría incrementar el revuelo de los mercados a propósito de una inminente subida de los tipos. Algunos economistas esperan que la oferta monetaria suba más del 7 por ciento frente al año anterior, comparado con el 6'2% en Noviembre, y frente al 4'5% preferido por el BCE.

Pero los analistas afirman que una substancial subida de M3 en Diciembre es más probable que refleje el *stock* de *cash* de los bancos, como previsión del milenio, que la amenaza de una inflación.

La carrera hacia la dirección general del F.M.I.

Siempre que el mundo elige hoy día a un jefe para una importante institución internacional, el proceso resulta un fracaso. Así ocurrió cuando se buscaba un nuevo líder para la Organización del Comercio Internacional. Ahora ocurre con ocasión de elegir al sustituto de Michel Camdessus en el Fondo Monetario Internacional. Pero aún así, la respuesta correcta no es apresurarse a elegir al candidato erróneo.

Dos meses hace que Camdessus anunció su decisión de dimitir de su puesto de director ejecutivo del FMI. Dado que ese puesto ha sido siempre ocupado por un europeo, el mundo ha estado esperando que Europa se pusiera de acuerdo sobre un candidato. Hasta ahora, nada de esto se ha producido.

En la firme creencia de que esta vez le toca elegir, Alemania ha estado ejerciendo presión para que el elegido fuera Caio Koch-Weser, en la actualidad subsecretario de Hacienda de su país, pero, antes de esto, alto funcionario del Banco Mundial. Sin embargo, esta candidatura no ha obtenido una respuesta entusiasta, ni siquiera entre algunos países europeos. Con la salida de Camdessus, que debe tener lugar el próximo mes, y la reunión de los ministros del Grupo de los Siete en Japón este fin de semana, el gobierno alemán está acentuando su presión. Sus colegas deberían resistir.

La cuestión no debe ser si el elegido es de este o de aquel país, sino qué tipo de líder necesita el FMI. Como Larry Summers, el Secretario del Tesoro de Estados Unidos, ha argumentado persuasivamente, esta es la hora de pensar de nuevo en los objetivos del FMI. Su primera misión debería ser la gestión de las crisis financieras y la vigilancia de la macroeconomía y de las políticas financieras, globalmente. El FMI no debe ser un prestamista a largo plazo para el desarrollo. Tampoco debería ser su misión la reducción de la pobreza.

Si de lo que se trata es de tener un líder capaz de avanzar en los terrenos citados y, si llega a ser necesario, hacer frente a ministros de Hacienda y gobernadores de bancos centrales en el cumplimiento de las funciones del FMI, Koch-Weser está lejos de ser el candidato ideal, y esto por tres razones. Primero, su preparación no es financiera, sino que se ha orientado hacia el desarrollo, cosa que no ha de ser de la competencia del FMI. Segundo, no tendría las cualidades que sí tienen exgobernadores de bancos centrales y exministros de Hacienda. Tercero, la evidente falta de entusiasmo por su candidatura significa que sería ineficaz ("lameluck") desde el principio.

Sería un error esperar más tiempo, pero todavía lo sería más si se designara a alguien que no reuniera las condiciones apropiadas. También es necesario abandonar la peculiar idea de que tal puesto es la

exclusiva de un europeo. No tiene porqué pensarse en el país de procedencia del titular. Lo que necesita el mundo es precisamente el mejor candidato. Y si hace falta, es posible que lo que mejor convenga sea variar la forma de elegirlo.

Contradicciones sin cuento en el "milagro español del empleo"

(Ulrich Meister en *Neue Zürcher Zeitung* de 12 de enero)

Literalmente, y en sentido figurado, España está creando puestos de trabajo en cadena. A pesar de todo, las elevadas cifras de paro disminuyen sólo lentamente. Ello no ha conducido a tensiones sociales. Y es que la sociedad española, que en el espacio de una generación ha cambiado radicalmente, sigue todavía mental y profundamente arraigada en sus carencias estructurales.

* * *

"Se necesitan camareros". Cada vez con más frecuencia pueden leerse carteles así fijados en las puertas de los restaurantes de Barcelona y Madrid. En España hay escasez de mano de obra en la construcción, en la hostelería, en las profesiones sociales y en la agricultura. Al mismo tiempo, el país sigue registrando el mayor grado de desempleo de la Unión Europea. El Ministro de Trabajo Manuel Pimentel estima que esto no es lógico, pero al mismo tiempo elogia a su Gobierno conservador, porque desde 1996 hasta 1999 el paro ha descendido desde el 22% al 15%, lo que equivale a 2,5 millones de parados. El milagro del empleo en España, que indiscutiblemente constituye una realidad, está lleno de contradicciones.

Más de mil puestos de trabajo al día.

El permanentemente elevado crecimiento económico –en los últimos tres años ha estado siempre por encima del 3%– ha conducido a una generalizada creación de nuevos empleos, sobre todo en el sector de los servicios. En 1998 se llegó a más de mil al día. España ha conseguido con ello más de la mitad de los puestos de trabajo adicionales dentro de la UE. Además, otros factores han ayudado a reducir la tasa de paro. Es el caso de la reforma de los contratos laborales, el bajo crecimiento de la población, las jubilaciones anticipadas, la modificación a principios de 1999 del censo estadístico y un mayor control de la economía sumergida. Del crecimiento neto del empleo del 4,4% en 1999 corresponde, según las estimaciones, el 1,5% al cambio del sistema por parte del Instituto Nacional de Estadística.

El caso de Arturo V. ilustra la evolución de España hacia una sociedad laboral moderna. Arturo se ha jubilado hace unos meses con 65 años y se considera afortunado por no haber sido víctima de ninguna jubilación anticipada. Trabajaba como técnico destacado en el grupo de comunicación Telefónica. Esta empresa –como tantos otros grandes consorcios– está redu-

ciendo de forma consecuyente su plantilla de más edad. Quien haya alcanzado los 52 años normalmente es objeto de jubilación anticipada. De ello se beneficia la empresa, y el Estado y la Seguridad Social son los que pagan. El Ministro de Trabajo Pimentel quiere ahora terminar con estos manejos. Porque incluso los sindicatos critican el que nada más que una quinta parte de las personas de 65 años estén trabajando en el momento de la jubilación. España se ha convertido en Europa en la poco honrosa pionera de las jubilaciones anticipadas.

Un sistema de formación poco orientado hacia la práctica.

Después del bachillerato Arturo V. no pudo estudiar ingeniería aeronáutica, porque al morir su padre se tuvo que poner a trabajar. Durante siete años se formó *on the job* como técnico electrónico. En aquella época podía todavía escoger sus trabajos. Telefónica, hasta hace tres años propiedad aún de un monopolio estatal, ofrecía las mejores posibilidades de ascenso y, junto a la Seguridad Social estatal, un segundo pilar de la empresa, que en España no es obligatorio y, por tanto, raro. Gracias a esta combinación, Arturo recibe ahora más dinero que antes de la jubilación cuando su sueldo mensual –concretado en catorce pagas– era de 3.900 francos suizos. Sin embargo, Arturo es en España una excepción. Pero él necesitará estos recursos, porque su hijo de 16 años tendrá que esperar más tiempo que su padre hasta conseguir un trabajo.

En efecto, el desempleo juvenil es –con el 44% para los adolescentes entre 16 y 19 años y el 32% para los que se encuentran entre los 20 y los 25 años– extremadamente alto. Ello se debe al sistema de formación tan poco orientado hacia la práctica. Si bien las empresas quieren fuerzas de trabajo jóvenes y más baratas, demandan ya experiencia profesional que no están dispuestas a facilitar ellas mismas por la inexistencia de un sistema de aprendizaje. De ahí que los que concluyen las enseñanzas medias busquen muchas veces durante años y, en ocasiones, sin orden ni concierto, la posibilidad de realizar alguna práctica. Los padres con recursos pagan por ello al empresario. Las universidades –España tiene la más elevada participación de graduados universitarios de Europa– sí que son reacias a las prácticas. En este país se pueden terminar los estudios de Medicina sin que se haya tenido ocasión de ver un hospital por dentro.

La nueva clase trabajadora femenina.

El radical cambio social posterior a la dictadura del General Franco ha fomentado –desde mediados de los ochenta– el acceso de las mujeres al trabajo, mejorando visiblemente la función de la mujer en la vida profesional. En esto las mujeres españolas han tenido que aceptar un doble papel –como profesionales y como amas de casa– porque así lo exigía la actitud en cuanto a la educación y la familia, al igual que una mentalidad machista muy extendida. Escasean los servicios de guardería infantil y las cantinas escolares. Muchas ve-

ces el sueldo de la madre llega justo para retribuir a una asistenta y cuidadora de niños. De ahí que las mujeres a menudo trabajen en la Administración o en la banca, donde la jornada termina a las 15 horas. El paro femenino es, con el 23%, de más del doble que el masculino.

Un típico joven matrimonio madrileño –los dos trabajan– querrá empezar primero, antes de pensar en niños –y normalmente en un niño, ya que a uno aún se le podrá garantizar una educación buena y costosa– amortizando una hipoteca para la vivienda en propiedad. El 85% de las economías domésticas españolas son titulares de la propiedad de la vivienda. Esto, junto con una Seguridad Social bien estructurada, es garantía para la vejez, pero también un obstáculo para la movilidad. El español está dispuesto, para conseguir un nuevo empleo, a cambiar de profesión o incluso a ganar menos, pero no a trasladar su residencia. La venta de la vivienda antigua y la adquisición de una nueva se considera que tiene un riesgo demasiado grande, debido a la evolución de los precios y a la incertidumbre de los catastros. Además, el generalizado aumento del bienestar ha paralizado en los últimos veinte años los movimientos migratorios regionales e internacionales.

Contraproducente protección al trabajador.

También desempeña un papel negativo el que, si bien se están constantemente creando puestos de trabajo, éstos sean precarios. Una tercera parte de todos los contratos de trabajo son para un plazo de unas pocas semanas (y renovables después), aunque por ley el caso normal es el contrato indefinido (en Suiza el 96% de los trabajadores tienen un contrato indefinido). Pero como para los contratos de trabajo indefinidos hay prevista una amplia protección contra el despido e indemnizaciones de hasta 42 mensualidades, los empresarios rehuyen en España las contrataciones permanentes. De ahí que en 1998 el 90% de todos los nuevos contratos fueran a plazo determinado.

La exagerada protección al trabajador y a la familia se remonta todavía a la paternalista dictadura de Franco. El Gobierno socialista de Felipe González (1982–1996) había intentado suprimir la protección individual en beneficio de los derechos colectivos, in-existentes bajo Franco, combinando ello con la liberalización del mercado de trabajo (flexibilización de las indemnizaciones y de los tiempos de trabajo). Por ello, entró rápidamente en colisión con los sindicatos. El Gobierno conservador de Aznar recibió una situación en gran parte estabilizada, cultivando de tal manera el diálogo social con los sindicatos, que hasta ahora más bien ha tenido problemas con la Confederación de Empresarios. El intento del Gobierno de promover con una rebaja de las elevadas cargas sociales, los contratos indefinidos, todavía no ha dado resultados, aun cuando el empresario ha de pagar por ese concepto el 30,8% sobre el salario bruto y el trabajador, en cambio, sólo el 6,4%. Los empresarios frecuentemente prefieren rescindir un contrato indefinido pasados dos años, antes de que amenacen indemnizaciones mayores, para entonces pagar la indemnización todavía reducida, o concluir un nuevo contrato.

Cargas sociales, sí, impuestos, no.

La exagerada tasa de paro no ha dado lugar en España a tensiones sociales. Esto tiene que ver con que la sociedad española, a pesar del fuerte cambio que ha experimentado en los últimos 25 años, ha conservado los valores tradicionales. La extendida falta de movilidad de la población ha mantenido la cohesión de la familia si no en la misma casa, sí en las proximidades o, por lo menos, en la misma localidad. Aunque en el Ministerio de Trabajo se asegura que la Seguridad Social constituye la primera red de compensación para los parados y la familia sólo está en segundo lugar, ello queda desmentido por la circunstancia de que el a menudo menguado subsidio de paro sólo se pague durante dos años como máximo y –según datos de los sindicatos– sólo beneficie a algo menos de la mitad de los sin trabajo. Por esto, muchos ni siquiera se registran en las oficinas de empleo. A la inversa, la economía sumergida –según estimaciones de la UE, supone entre el 10 y el 23% del producto social bruto (en Alemania era de “sólo” el 4% al 14%)– no es la salida ideal para los “falsos” parados. Sirve más al fraude fiscal que a la defraudación de cargas sociales. La Seguridad Social tiene en España casi un millón más de cotizantes (que en parte pueden y quieren registrarse ellos mismos) que el número de trabajadores regulares inscritos.

La inevitable adaptación a la Europa occidental más septentrional no ha eliminado todavía toda la tolerancia meridional. Aunque, en la medida en que existía, ha desaparecido en gran parte la mentalidad de la siesta. Madrid como metrópoli millonaria en población se permite en cambio unos horarios comerciales provincianos, con cierre entre dos y cuatro. Los horarios laborales, con la tradición española de comidas entre dos y cinco, apenas si son compatibles con los del resto de Europa. En cambio, el operario español, en la medida en que obtenga su retribución, es puntual y cuidadoso.

En cualquier caso, a cambio del salario mínimo –actualmente de 690 francos suizos– nadie trabaja. El salario medio está en torno a los 2.220 francos. Incluso en Andalucía y Extremadura el jornal agrícola de los inmigrantes es de 55 y, según los sindicatos, de 47 francos.

¿Un millón de trabajadores extranjeros?

El joven Abid Z. vino hace algunos años a España, donde ya vivía su hermano, desde Irán. Este soldador cualificado ha adquirido nuevos conocimientos en el negocio de jardinería del suegro de su hermano y esperado seis años a que se modificara su estatuto de refugiado. Ahora tiene un permiso de residencia y de trabajo, ha podido acogerse a la Seguridad Social con un salario declarado de 1.100 francos y está considerando si no querría volver a trabajar como antes en su especialidad de soldador. A pesar de la elevada tasa interna de paro, el Ministro de Trabajo Pimentel ha aumentado hasta 30.000 la cuota de trabajadores extranjeros correspondiente a 1999 y está considerando la posibilidad de permitir en los próximos tres años la inmigración legal en España de hasta un millón de extranjeros. La inmigración y el ahorro de mano de obra por aumento de la productividad son los nuevos desafíos en el contradictorio mercado laboral español.

El paciente europeo

(Editorial de Andreas Oldag en *Suddeutsche Zeitung*, de 30 de diciembre)

El euro está delicado de salud. La moneda única ha perdido, desde que se introduce el 1 de Enero de 1999, aproximadamente un sexto de su valor frente al dólar. En los mercados financieros internacionales, los analistas presagian que a principios del año próximo el euro seguirá oscilando en torno a la paridad con respecto al dólar. El euro está falto de confianza.

El Banco Central Europeo (BCE) todavía no ha conseguido hacer de la nueva moneda un medio de pago comparable al DM. Esto podría tener igualmente consecuencias negativas para la unión política de Europa. Porque justamente en Alemania el recelo de los ciudadanos hacia la moneda única es algo que, desde un principio, ha sido particularmente acusado. Si ahora no se cumplen las optimistas promesas de los políticos en cuanto a las supuestas ventajas del euro, el extendido escepticismo podría convertirse un día en un peligroso alud político. Probablemente, tampoco sería tan fácil de llevar a la práctica la proyectada ampliación de la UE.

Mientras tanto, la debilidad del euro requiere de un análisis económico desapasionado. Para la industria exportadora europea cada céntimo que el euro pierde frente al dólar constituye una pequeña inyección coyuntural. Los automóviles alemanes son ahora en EE.UU. más baratos que nunca. Pero también el consorcio aeronáutico europeo Airbus, cuyos productos se computan en todo el mundo en dólares, ha podido sin demasiadas dificultades arrancar cuotas de mercado a Boeing, su rival mortal.

Lo que para los exportadores son ventajas se convierte, sin embargo, en inconvenientes para los importadores. Aumentan los precios de las mercancías adquiridas en el exterior. Es algo que el consumidor ya ha podido percibir en el caso del fuel y de la gasolina, aun cuando, en este caso, la causa principal han sido las recientes subidas de impuestos. En estos momentos son reducidos los riesgos de inflación importada; en Euro-landia los precios se mantienen estables. La tasa de inflación podría también, el próximo año, seguir por debajo del 2 por ciento. Pero esto podría cambiar si el euro continuara perdiendo terreno frente al dólar. De todas formas, y de acuerdo con la experiencia, transcurren entre dos y tres años hasta que en una economía nacional se ponen de manifiesto todas las consecuencias negativas de una moneda con un valor externo débil.

¿De qué mal está aquejado el euro? Contrariamente a lo que ha sucedido en los Estados Unidos los once países que forman su área han omitido acometer las necesarias reformas económicas. En lugar de reducir rápidamente los déficit de los presupuestos públicos, de quebrar las anquilosadas estructuras de los mercados laborales y de recortar los gastos de la costosa seguridad social, los europeos siguen aferrados a las subvenciones como si nada hubiera cambiado con relación al euro. La consecuencia ha sido que la coyuntura avance renqueando. En cambio, la economía americana resplandece en 1999 con una tasa de crecimiento de casi el cinco por ciento. Esto supone aproxi-

madamente el doble de la tasa de Euro-landia. El auge económico de los americanos intensifica su necesidad de capitales y los intereses suben. Por ello, actualmente, el dólar de EE.UU. es también, como moneda de inversión, mucho más atractivo que el euro.

En esto, la menor culpa corresponde al Banco Central Europeo. Ha intentado, a través de cautelosas reducciones de intereses, impulsar la coyuntura. Su Presidente Wim Duisenberg exhorta una y otra vez a adoptar una disciplina presupuestaria austera. Sólo tres estados del área del euro –Finlandia, Irlanda y Luxemburgo– cumplen este año los objetivos de un presupuesto casi equilibrado, o incluso con superávit, fijados en el Pacto de Estabilidad. Hay cuatro –Alemania, Francia, Italia y Austria– que siguen haciendo figurar en balance un endeudamiento nuevo de entre el 1,6 y el 2,2 por ciento del producto interior bruto.

Aunque el Banco Central Europeo podría en caso de necesidad intervenir en los mercados de divisas a favor del euro, vendiendo, por ejemplo, reservas en dólares y libras esterlinas, tales manipulaciones han tenido en el pasado poco éxito. El Banco reconocería así que se encuentra a la defensiva. Este efecto psicológico podría, todavía, reforzar incluso la presión sobre el euro. Pase lo que pase, el euro ha contribuido a aglutinar la economía europea. Sin duda que las grandes economías europeas, en cabeza la alemana, poseen una influencia dominante. Determinan el rumbo de la coyuntura, pero también la confianza de los inversores internacionales.

Desgraciadamente, las señales que provienen de Berlín son disonantes. El Ministro de Finanzas Hans Eichel ha iniciado una reforma fiscal que conducirá a una clara desgravación. Por otro, Holzmann, el consorcio en dificultades del sector de la construcción, va a ser objeto de una operación de salvamento con utilización de recursos públicos. Una alianza nacional de políticos y empresarios se opone a la absorción de Mannesmann por el grupo angloamericano de telefonía móvil Vodafone. Esto no encaja en la imagen de una política económica liberal moderna.

Se pretende que, dentro de dos años, el euro esté en los monederos de los consumidores en forma de dinero contante y sonante. Poco tiempo queda hasta entonces para sacar brillo a la deteriorada imagen de la moneda única. En todo esto recae sobre Alemania una responsabilidad especial. La República Federal debe, finalmente, esforzarse por practicar una política financiera y económica que se libere de la vieja idea del estado suministrador. Sólo entonces tendrá el euro una verdadera oportunidad.

El euro y la política

La moneda única cumple un año

(Editorial de Inge Kloepfer en *Frankfurter Allgemeine Zeitung* de 30 de diciembre)

El final de año es el momento de cierre de balances. También el euro, desde hace un año la nueva moneda de Europa, debe someterse a un balance. ¿Para el euro se ha tratado de un año bueno o de un año

malo? Esto también es una cuestión de escala. Si se toma como referencia el valor monetario interno, el año 1999 ha sido un año bueno para el euro, porque hay estabilidad de precios en la zona de esta moneda. Otro es el panorama si se fija la atención en el tipo de cambio. Al inicio de la Unión Monetaria, a principios de 1999, el euro se cotizaba a 1,18 dólares. Este cambio no ha vuelto a alcanzarlo. Al contrario, a lo largo de todo el año ha ido debilitándose. A comienzos de Diciembre, el tipo de cambio del euro se desliza por primera vez por debajo de un dólar.

De acuerdo con la idea del Banco Central Europeo (BCE) y de los políticos europeos, el primer año de la moneda única tendría que haber sido muy distinto. Cuántas cosas no habían éstos atribuido al euro: iba a convertirse en un contrapeso para el dólar, en la segunda moneda de reserva, e incluso, en algún momento, en la primera más importante del mundo. Iba a ser sólido, incluso más sólido que el DM, en todo caso, la moneda más sólida dentro de la alianza de aquellos que se han comprometido con ello. Pero las cosas se han desarrollado de modo distinto. Al final del año, las pérdidas de valor totalizan el 14,6 por ciento. Muchos ciudadanos están decepcionados, pues en 1998, antes de ponerse en marcha la Unión Monetaria, se les había recomendado no mover su dinero de la Europa continental a fin de recoger los beneficios de la solidez del euro.

Muchos están ahora desilusionados. Y las pérdidas en la cotización de la moneda tampoco pasan, sin dejar rastro, por la relación entre el Banco Central y la política. Ya se ha producido un conflicto, aunque pequeño, entre el Banco de Emisión y los medios políticos. Todavía hace poco, su presidente Wim Duisenberg explicaba una parte de la debilidad del euro achacándola a la política del Gobierno alemán que, contrariamente a los usos de los mercados internacionales de capitales, se ha comprometido demasiado en el caso Philipp Holzmann y Mannesmann. Duisenberg ha tenido que encajar en seguida una réplica poco amable. El Canciller Federal ha hecho saber que la política alemana la hace el Gobierno alemán y nadie más.

Esta reacción del Canciller y su actuación son síntomas del comportamiento político en Europa. Poco a poco empiezan los gobiernos de los grandes países que forman el espacio del euro a comprender que, mientras tanto, también la política nacional está supeditada internacionalmente a la competencia. La desconfianza de los mercados en la calidad de la política económica alemana, que hasta ahora apenas si quería tener en cuenta la competencia internacional, no hay duda de que ha debilitado al euro. Porque debido al peso económico de Alemania en la Unión Monetaria, los inversores internacionales también siguen escrupulosamente la política del país. Sin embargo, esto no significa que la "Europa continental" sólo tenga que soportar la hipoteca de la política alemana. Tampoco en otros países se comprende que toca ya el turno a unas reformas que deberían acometerse rápidamente.

Como ha señalado el BCE en su último informe mensual, se han casi duplicado, frente al mismo pe-

riodo del año pasado, en los nueve primeros meses de 1999 (todavía no hay datos más recientes), en el caso de las inversiones directas, las exportaciones netas de capital. A este respecto, según datos del Banco de Emisión, han sido sobre todo los residentes del área monetaria del euro los que han invertido en gran escala en terceros países. Además, los inversores extranjeros no han abandonado sus reservas con respecto a las inversiones en el espacio del euro.

Sirve de poco consuelo el que los flujos de capital pulsen de forma más positiva en lo que respecta a las inversiones en títulos valores. En este terreno, la Unión Monetaria ha podido registrar todavía una cierta intensificación en Septiembre. De todas maneras, el capital que va a inversiones en valores tiene, en tendencia, un carácter a corto plazo, mientras que las inversiones directas están orientadas a largo plazo y atraen, por su parte, inversiones derivadas. La balanza de capitales se expresa en un lenguaje inequívoco, porque precisamente los residentes en el espacio monetario del euro desconfían de las condiciones marco de sus inversiones. Vuelven la espalda a la Unión Monetaria.

En su primer año de existencia el Banco Central Europeo ha hecho todo lo posible por ayudar al éxito del euro: la transición a un mercado monetario europeo único se ha producido casi sin problemas; el nivel de precios se ha mantenido estable, lo que desde el punto de vista de la economía interna hace, sin duda, de esta moneda una moneda sólida. No es de extrañar que a veces se haya reprochado al Banco de Emisión su falta de transparencia. Por último, el BCE tiene su origen en once bancos de emisión, antes autónomos, que todavía no han encontrado su lenguaje común. Los despropósitos que se han producido a lo largo del año, y a los que una y otra vez se atribuye la debilidad del euro, como mucho, han ahuyentado el dinero invertido a corto plazo.

A la vista de este éxito en la economía interior, no es de extrañar que los miembros del Consejo del BCE no se cansen de confirmar un "elevado potencial" por lo que se refiere al tipo de cambio del euro. No obstante, la astucia diagnóstica de tal constatación reside en que el potencial es tanto mayor cuanto más bajo cae el euro. El sentido de esta intervención verbal se hace más claro cuando –como poco antes de Navidad ha hecho el Director del Departamento Económico del Banco Otmar Issing– se menciona la condición para concretar el potencial que no es otra que la disposición a las reformas en los países del espacio del euro. Los gobiernos tienen finalmente que decidirse por una política que dé entrada al crecimiento económico. En esto, y no en otra cosa, está la oportunidad de la nueva moneda y, en último término, también su enorme potencial. Si en los grandes países miembros no hace acto de presencia esta disposición a las reformas, entonces la debilidad del euro se convertirá en una situación permanente.

La Unión Monetaria Europea está diseñada de tal manera que la moneda está sustraída a la influencia de los políticos. Esto se refleja en el valor del dinero. El valor externo muestra que desgraciadamente el euro también sigue siendo una moneda política.

Una apertura irreversible China y la OMC

(Editorial de Jean-Pierre Kapp en *Süddeutsche Zeitung* de 16 de noviembre)

Con la firma del acuerdo bilateral por la Comisión de Comercio americana Charlene Barshewsky y el Ministro de Comercio chino Shi Guangsheng este lunes, en Pekín, China ha salvado el mayor obstáculo para su admisión en la Organización Mundial de Comercio (OMC). Aunque China también tiene todavía que alcanzar ahora un acuerdo con la UE y algunos otros estados, esto seguramente sería sólo una cuestión de tiempo. Y ello a pesar de que en las negociaciones con la UE en determinados campos, tales como los aranceles de importación para automóviles y la apertura de los mercados de servicios, no se haya conseguido todavía llegar a un consenso. Como han declarado en Ginebra algunos diplomáticos comerciales, con el acuerdo ha aumentado extraordinariamente la presión política sobre la UE y los negociadores de Bruselas se esforzarán, en consecuencia, por conseguir lo más pronto posible el correspondiente acuerdo.

Con la incorporación de China que, no obstante y por razones formales, ya no tendrá lugar antes de la conferencia de la OMC de Seattle, ésta podrá cubrir uno de sus hasta ahora mayores huecos y extender prácticamente a toda la comunidad de estados las normas del sistema comercial multilateral. Después de la entrada de China, los diplomáticos comerciales esperan, asimismo, que se llegue a un convenio para que Taiwan forme parte de la Organización. Con ello sólo quedarían realmente Rusia y distintos estados de su Comunidad en la lista de candidatos a la adhesión a la OMC. Los círculos diplomáticos han calificado la firma del acuerdo de Pekín como uno de los mayores éxitos para el sistema comercial multilateral de los últimos años. Si bien, las negociaciones dentro de la Organización probablemente se complicarán así, ello quedará probablemente más que compensado por el hecho de que uno de los mercados más importantes ganará en claridad y apertura.

Paralelamente también ha ensalzado el acuerdo, durante su visita a Turquía, el Presidente de EEUU Bill Clinton. Ha declarado que el convenio era bueno para Washington y para China. China aceptaría los principios de la apertura económica y de la competencia que impulsarían el proceso de reforma y los principios de los estados de derecho. Para las empresas y para la agricultura americanas la incorporación de China —que va unida a una reducción de los derechos arancelarios de, en promedio, el 22,7% al 17%, a la rebaja de los aranceles de importación para productos agrarios en un 14,5% a un 15% y a una considerable liberalización en el sector de los servicios— creará nuevas posibilidades de exportación. Además, para el propio Clinton el acuerdo representa un éxito político importante.

Aunque en los círculos empresariales el convenio también se ha recibido bien, se ha llamado al mismo tiempo la atención sobre la circunstancia de que la presencia del país asiático en la Organización todavía tardará en provocar un fuerte incremento de las inversiones occidentales. En los meses pasados, destacadas

empresas de Occidente se han replanteado sus intereses en China, por cuanto que el potencial de este mercado, a principios de los años noventa, había sido en general sobrevalorado. En los círculos empresariales americanos se está a la espera de una valoración definitiva del acuerdo hasta que se conozca qué concesiones ha tenido que hacer EE.UU.

Textiles baratos.

En los últimos años se había temido que un acuerdo como el concluido pudiera dar lugar a una inundación de los mercados americanos con productos textiles baratos y artículos de otros sectores a bajos precios. Pero también en estos círculos, y en una primera reacción, se ha alabado la importancia fundamental del convenio. China habría demostrado que se toma en serio las reformas económicas y que está dispuesta a asumir también riesgos en esta línea. A la apertura de los mercados se vincula el peligro de que se consoliden las tendencias deflacionistas y de que se vea afectada la balanza comercial.

Nombramiento sin garantías en la Fed

(*Neue Zürcher Zeitung*, de 6 de enero. Editorial)

Con el anuncio de su propósito de nombrar a Alan Greenspan cabeza de la Federal Reserve (Fed) para otro periodo de cuatro años, el Presidente Bill Clinton se ha resignado a lo inevitable. Greenspan goza en la opinión pública americana de un prestigio que difícilmente podría ser mayor. La negativa a un nuevo mandato o simplemente un aplazamiento más prolongado del anuncio habría sido mal acogidos por los mercados financieros. Aparte de esto, Clinton ha desviado a su molino, con la habitual habilidad, una parte del éxito de Greenspan al frente de la Reserva Federal, probablemente no en último término, con la esperanza de allanar a su Vicepresidente Gore la entrada en la Casa Blanca. De todas maneras, este cálculo también podría fallar. En efecto, de ganar uno de los candidatos republicanos la carrera hacia la presidencia, el republicano Greenspan conseguiría paradójicamente, con la ayuda de Clinton, guardar el sillón para un compañero de partido.

Con independencia de estas consideraciones de táctica electoral hay que reconocer, sin embargo, que Greenspan ha acumulado muchos méritos. En sus doce años de gestión, la Fed ha logrado reducir la inflación por término medio hasta el 3,2%, lo que equivale exactamente a la mitad del encarecimiento en el periodo anterior de doce años. Ahora, puede que detrás de este éxito haya factores que se sustraigan al control de la Fed (como es el caso del sorprendentemente fuerte crecimiento de la productividad en Estados Unidos o del fenómeno del retroceso a escala mundial de la inflación). Pero Greenspan ha acertado también en fases críticas a tomar en cada momento la decisión adecuada, por ejemplo después del hundimiento de la bolsa en Octubre de 1987 o durante las no sólo para el sistema financiero americano, precarias semanas pos-

teriores a la moratoria de pagos rusa de Agosto de 1998. Con estas valientes actuaciones, el responsable de la Fed ha mostrado que la política monetaria no debe estar orientada sólo hacia la primacía de la estabilidad de precios.

Pero con esto quedan también perfilados los límites del éxito de Greenspan. Porque en todos estos años nunca ha quedado claro para los espectadores cuáles han sido los criterios seguidos por el Banco de Emisión americano en el cumplimiento de su mandato de estabilidad. Aunque el cabeza de la Fed pueda ser un intérprete genial de los datos estadísticos y aunque, en cuanto a su conocimiento de las interrelaciones en la economía, probablemente nadie le llegue a los talones, al final el Banco de Emisión debe decidir sobre el rumbo de la política monetaria, y esta institución está falta de brújula. Bajo Greenspan parece que al final siempre se toman decisiones de acuerdo con el estado de los sentimientos del jefe, y esto no es garantía suficiente para asegurar a largo plazo –después de la, a la corta o a larga, inevitable retirada del Presidente– la estabilidad de precios.

Con otras palabras, hay que exigir al Banco la sujeción a la norma. En esta cuestión no se puede tratar de un compromiso relativo a una política de oferta monetaria de la época del diluvio monetarista. Por norma de

política monetaria se entiende más bien, para emplear una definición de William Poole, Presidente de la Fed de St. Louis, “no otra cosa que un proceso de decisión sistemático que utiliza informaciones de forma consistente y previsible”.

En la era de Greenspan no se puede hablar, sin embargo, de tal consistencia ni de tal previsibilidad. Se han observado, más bien, diferentes cambios de orientación. De acuerdo con las últimas manifestaciones del responsable de la Fed, incluso la evolución del mercado laboral, y con ello el recurso a la “curva de Phillips”, desde hace tiempo desacreditada, parece determinar las actuaciones de la Fed. De esta enumeración crítica de los cambios de rumbo, nunca explicados de puertas afuera, no debe en absoluto concluirse que las normas de política monetaria hayan de estar fijadas de una vez para siempre. Pero en el grado en que la política monetaria justifica y hace racionalmente practicable sus medidas, gana en transparencia. Y sólo con transparencia se podrá evitar que las medidas de política monetaria creen incertidumbre en los mercados y provoquen reacciones contraproducentes. Con Greenspan parece que la Fed no necesite de esta transparencia; los mercados financieros más bien han otorgado a Alan Greenspan toda su confianza. Sin embargo, con sus sucesores, la falta de transparencia podría dar lugar a dolorosas maniobras en falso.